

# La Ilustración Artística

Año XXXV

← BARCELONA 4 DE SEPTIEMBRE DE 1916 →

Núm. 1.810

LA GUERRA EUROPEA. - LOS EJÉRCITOS ALEMANES EN FRANCIA. (Fotografías de Parrondo.)



Automovilistas militares instalados en una quinta de una aldea francesa



Tropas de reserva disponiéndose a marchar a la línea de combate



Hallándose un día sola la traviesa niña Lola,



en la sopera vertió un frasco que ella cogió,



sin saber la sin ventura que era de AGUA PECA-CURA.



La sopa todos comieron y así al espejo se vieron.

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa CORTÉS HERMANOS

BARCELONA



**TONA ROQUETA**  
agua mineral natural

Cura las diferentes manifestaciones del *es-  
crofulismo, herpetismo y  
sífilis*; los estados mor-  
bosos del corazón, riño-  
nes e hígado; la cloro-  
arremia y el reu-  
matismo.

Se vende en todas las farmacias y  
establecimientos de aguas minerales.  
Los pedidos al por mayor pueden  
dirigirse a D. José ROQUETA, TONA  
(BARCELONA).

HISTORIA GENERAL  
**DEL ARTE**

*Arquitectura, Pintura, Escultura,  
Mobiliario, Cerámica, Metalistería,  
Glíptica, Indumentaria, Tejidos*

Esta obra, cuya edición es una de  
las más lujosas de cuantas ha publi-  
cado nuestra casa editorial, se reco-  
mienda a todos los amantes de las  
Bellas Artes y de las Artes suntu-  
rias, tanto por su interesante texto,  
cuanto por su esmeradísima ilustra-  
ción. — Se vende en 8 tomos lujosa-  
mente encuadernados al precio de  
490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**CANTARES POPULARES Y LITERARIOS**

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN



MÁGICO

**Renaud Germain**  
PERFUMISTAS

Nuevos extractos para el **español**  
**MÁGICO-LABERINTO**

Perfumes suaves e intensos.

Barcelona.



LABERINTO

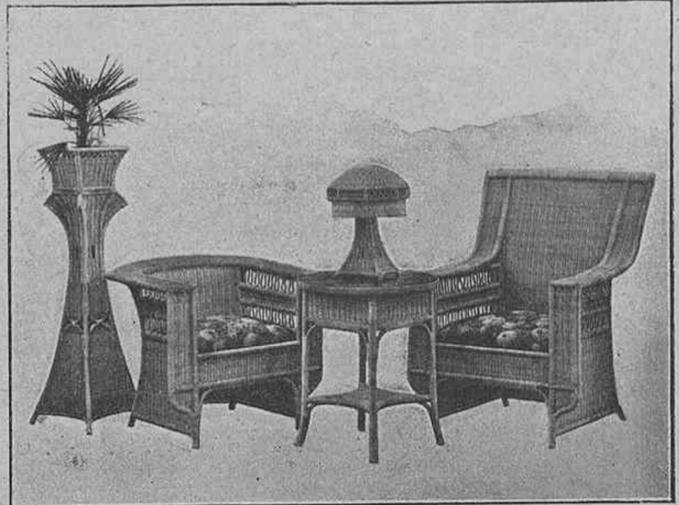
**MUEBLES de juncó y médula fina**

MARCA

ME PNE

REGISTRADA

Fábrica sin  
sucursal



Paseo de Gracia, 115; Barcelona. «Manufacture Parisienne»

Marcas las más acreditadas  
en la Península, Extranjero y Ultramar

**EL CIERVO y MANOC**

**EL LEÓN de J. Samsó**

**EL PERIQUITO**

de C. Massó

Clases superiores y  
especiales para  
el Panguingue

(Filipinas)

ESPECIALIDAD EN NAIPES OPACOS

Teléfono 1708

Dirección telegráfica:

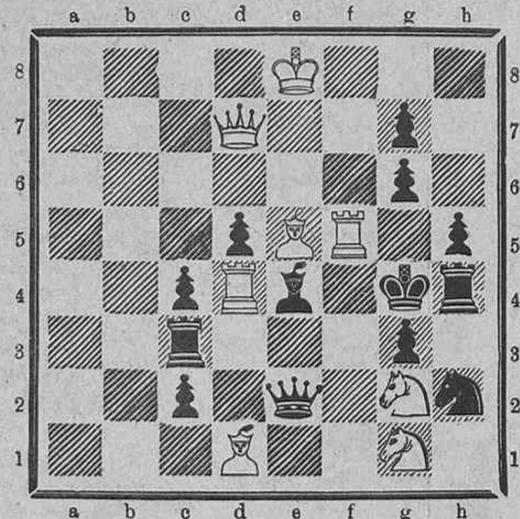
SAMOCA

**NAIPES COMAS**  
FINOS  
DE HILO Y UNA HOJA  
— DE LA —  
Fábrica movida por electromotores  
ANTIGUA CASA Vda. de A. Comas Casa fundada  
SEBASTIÁN COMAS Y RICART en 1797  
**BARCELONA.**—Calle de Lauria, núm. 4

**AJEDREZ**

PROBLEMA NÚM. 694, POR G. GUIDELLI

NEGRAS (13 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

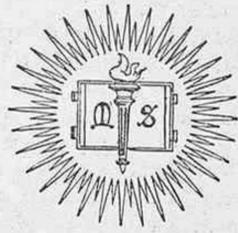
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas

NOTA.—Este problema y los once que siguen son los que figu-  
raron en el gran Concurso internacional de Solución de problemas  
organizado por «The Good Companion Chess Problem Club» de  
Philadelphia (EE. UU.). La sección española del referido Con-  
curso estuvo representada por la Agrupación del Café de la Sala  
Imperio de Barcelona. Se efectuó el Concurso el 22 Febrero de 1916.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 693, POR A. F. MACKENZIE

1. Cc5-b7.

# La Ilustración Artística



AÑO XXXV

BARCELONA 4 DE SEPTIEMBRE DE 1916

NÚM. 1.810

LA GUERRA EUROPEA. - LA RELIGIÓN Y LA GUERRA



Sacerdote soldado francés sacando a un herido de la línea de combate  
Dibujo de Pablo Thiriat, corresponsal de «The Graphic» en el frente francés. (Reproducción autorizada.)

## ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos a los señores suscritores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el tercer tomo de los correspondientes a la serie del presente año, que será

## LAS MUJERES DE CERVANTES

obra escrita por José Sánchez Rojas e ilustrada con láminas de Arcadio Mas y Fondevila y viñetas de Passos.

## SUMARIO

**Texto.** - De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. - *De la tierra al paraíso*, por la baronesa de Wilson. - *La guerra europea*. - *La Princesa Beatriz de Battenberg*. - *La Virgen de Queralt*. - *Melilla. Visita del general Jordana*. - *Valladolid. Nuestra Señora de la Antigua*. - *Por la gloria*, novela original de Salvador Farina, ilustraciones de V. Carreres. - *Uclés y su monasterio*, por Federico G. Ruiz. - *Barcelona. Segunda Exposición-Feria organizada por la Agrupación de Fabricantes de jugos y juguetes de España*. **Grabados.** - *La guerra europea*. - Dibujo de Opisso, que ilustra *De la tierra al paraíso*. - *Fin de estilo*, cuadro de J. J. Kowalski. - *Nosotros*, cuadro de Elías Salaverria. - *Valencia. Exposición de Arte de la Juventud*. - *La Princesa de Battenberg en San Sebastián y Santander*. - *La Virgen de Queralt*. - *Melilla. Visita del general Jordana*. - *Valladolid. Nuestra Señora de la Antigua*. - *Uclés y su monasterio* (cinco fotografías). - *Barcelona. Segunda Exposición-Feria de jugos y juguetes*.

## DE BARCELONA. - CRÓNICAS FUGACES

El día 23 del pasado agosto dejó de existir en Barcelona una de las figuras más singulares y preeminentes del periodismo español, en el cual no tuvo modelos ni ha tenido seguidores. Don Francisco Peris Mencheta, constituye una aparición aislada en la historia de nuestra prensa. En primer lugar, no fué un escritor o literato que se especializa en la profesión periodística, ni un político que se ampara de ella, transitoriamente, como de una tribuna más o de un palenque de combate. Fué un «periodista en sí», que no pidió a la literatura más que el medio normal de expresión y que no mantuvo con la política otras relaciones que las obligadas entre un gran informador y la materia prima de mayor volumen que se ofrece en España a su actividad.

Y, en segundo lugar, no procedió por imitación ni sugestión de nadie. El tipo de periodista que creó fué desenvolvimiento natural de sus aptitudes, en contacto con una realidad histórica, influidas por un ambiente, el nuestro, el de España en el último tercio del siglo pasado. Cincuenta años de esa vida registró día por día y aun minuto por minuto, con la probidad de un espíritu recto que sabía aunar la complacencia con el deber, sin revestirlo jamás de formas hurafñas. Tanto como era posible en nuestro país y dentro de su limitación de medios, nos ofreció el trasunto del hombre hijo de sus obras, del *self-made man*, a la inglesa o a la norteamericana. Nacido en Nueva York, en Boston, en Filadelfia hubiera sido de los grandes fundadores que ascienden desde un puesto humilde a las más codiciadas alturas, que son sucesivamente, peones, obreros mecánicos, mozos de escritorio, *grooms*, cajistas, reporteros y, por último, creadores de *Heralds*, de *Sunds* o de otros monstruos de la publicidad.

La tierra española no da para tanto; nuestros periódicos distan de contar con el mercado enorme de aquellas tierras ni con las posibilidades latentes de expansión y enriquecimiento que, por muchos años, constituirán la característica del Nuevo Mundo. Y Mencheta hubo de circunscribirse a lo que hizo, lo cual no quiere decir que fuera poco en un medio tan rehacio a las iniciativas. Todo lo contrario. Si se tiene en cuenta la poca densidad de la vida española y lo efímero y deleznable de tantas empresas, el hecho de haberse creado una merecida reputación, de haber arraigado tres periódicos como *El Noticiero Universal*, *El Noticiero Sevillano* y *La Correspondencia de Valencia* y de haber implantado la Agencia de su nombre, acreditan en Mencheta dotes de talento, de seriedad y de constancia muy fuera de lo común.

\* \*

Con él desaparece toda una época: fué el cronista más caracterizado de la guerra civil, de la Restauración, de la Regencia y aun del reinado de don Alfonso XIII en sus primeros años. Para cuantos vimos abrirse nuestra curiosidad y nuestra inteligencia en los años luctuosos que siguieron a la revolución setembrina, el apellido de Mencheta se enlaza de continuo en nuestros recuerdos con los episodios más señalados de aquel período, tan pintoresco como

trágico. En sus telegramas y relatos conocimos la marcha de la guerra; por su intermedio supimos victorias, derrotas, desastres, crímenes y vergüenzas de la lucha fratricida, y su misma pluma hubo de contarnos después los viajes del joven rey, aclamado en todas las ciudades y pueblos de la monarquía, como símbolo de paz y conciliación.

Todavía recuerdo el instante en que por primera vez vi a Mencheta, en mi ciudad con motivo de tal viaje, hace la friolera de unos cuarenta años. Iba a pasar el rey, de vuelta de no sé qué visita; entramos con mi padre en un estanco y allí estaba un señor forastero, trazando a toda prisa, febrilmente, las últimas líneas del escrito que metió en un sobre y echó después al buzón. Mi padre me dijo: «Mira, este señor es Mencheta.»

Transcurrieron unos treinta años; aquel monarca joven y atractivo sucumbió; su augusta viuda desempeñó la regencia; Don Alfonso XIII vió llegada, por último, su mayoría de edad y en 1904 fué a mi tierra, como había ido la otra vez su malogrado padre. Uno de los días de su estancia debía visitar cierta importante fábrica de alfombras, y yo fuí invitado para presenciar la visita. Llegué unos minutos antes de la hora fijada, entré en el despacho del director y allí, en su mesa, un señor forastero, aprovechaba la espera para acabar un despacho o una carta. Era también Peris Mencheta. Habían pasado seis lustros, había caído un poco de nieve sobre la cabeza del periodista; pero estaba allí, dando fe de la vida española y reteniendo el campeonato o *record* de la destreza profesional.

\* \*

En el otoño de 1912, hace cuatro años, con motivo del centenario de la Constitución de Cádiz, se celebró un Congreso de la Prensa española en la expresada ciudad andaluza. Me cupo entonces la honra de representar a la prensa catalana en dicho Congreso y de compartir la representación con dos colegas ilustres: D. Eusebio Corominas y D. Francisca Peris Mencheta. Este último se unió a nosotros en Sevilla y tuve entonces, durante unos días de movimiento y viajes continuos, ocasión de apreciar la resistencia de aquel vigoroso anciano, no menos que cuanto atesoraba de cordialidad, don de simpatía y natural obsequioso, equidistante de la dureza y del empalago. De sus viejas andanzas con el cuartel general de Cataluña o del Norte, conservaba todavía la adaptación a la necesidad, al desarreglo de la vida errante. No tenía necesidad de dormir a horas fijas y aprovechaba en cambio cualquier momento propicio para dormir unas horas, en el tren, en la fonda, en el carruaje, entre una y otra solemnidad o número del programa.

Le oí entonces relatos llenos de interés para la historia política de entre bastidores en todo el tiempo a que alcanzó su actividad periodística y me atreví a excitarle para que organizara todos sus recuerdos escribiendo con ellos unas *Memorias*. Si alguien estaba autorizado en España para un intento semejante era seguramente Peris Mencheta. Exento de vanidad, liso y llano en palabras y en acciones, no hubiera molestado al lector con exhibiciones egolátricas fastidiosas. Todo hubiera sido allí objetivo, externo, de primera mano. Por razones de discreción o de límite que todo el mundo conoce, las informaciones periodísticas tienen que dejar en la sombra o en el silencio una porción de asuntos o de pormenores que a veces son los esenciales de un suceso, los que explican su génesis y a veces la de todo un período. Pues bien: de cuanto presencié y supo, teniendo que dejarlo en el tintero: móviles ocultos, intrigas, peligros desconocidos de la muchedumbre que se cernieron un instante sobre la patria, explicación de tantos enigmas o interrogaciones como quedan flotando en la vida política de un país, la clave, en suma, de los sucesos exteriores, que fueron los únicos entregados a la voracidad de las gentes, de todo eso Mencheta hubiera podido escribir como nadie. Supongo que su modestia no le permitiría seguir mi consejo interesado y egoísta, y que habrá desaparecido con él aquel tesoro de la memoria que nadie sería capaz de reconstituir.

\* \*

Recordaba recientemente que no hace muchos meses el antiguo periódico de Valencia *Las Provincias* celebró el quincuagésimo aniversario de su fundación, exhumando su propia historia y la historia de sus colaboradores y redactores más ilustres. Y, allí, en el número especial dedicado a conmemo-

rar aquella fecha, figura en primera línea Peris Mencheta, y aparecía su retrato con la indumentaria militar - casi un uniforme - de corresponsal de guerra. Era, en efecto, la guerra civil, la tercera, y desde entonces ha llovido; pero también desde entonces aquel nombre es sinónimo de popularidad y de esfuerzo honrado y venía acompañando todas las vicisitudes de España como un testigo experto, leal, indefectible.

Medio siglo de nuestra historia, en gran parte azaroso y sangriento, ha sido contado a España por su pluma que nunca tuvo tratos con la afectación literaria, pero que no temió nunca la competencia de la habilidad informativa. Operaciones militares en el Maestrazgo, en Cataluña y en el Norte, días de discordia y barricada, esperanzas de paz, secretos de la conspiración alfonsina, llegada del monarca mancebo, intrigas y episodios de la restauración, viajes y bodas regias, todo sirvió para poner a prueba su perspicacia, sus nervios, su temple de acero y su traza para ganar antes que nadie la ventanilla de telégrafos y mandar antes que nadie el despacho apacible o el notición sensacional. Cosa de proverbio llegó a ser esta destreza suya desde 1874 a 1885, y trascendió a la crónica, que con frecuencia la celebraba, y al mismo teatro. ¿Quién de nosotros, jovenzuelos imberbes hace seis o siete lustros, no reconocía y saludaba a Mencheta y sus triunfos en el invencible periodista español de *Miguel Ostrogoff*, una zarzuela que tuvo entonces su momento de auge y ha pasado a la historia, como el fusil Berdan, los levitines entallados y las sobrefaldas de las bellezas de entonces?

Él, por primera vez, aclimató en España el periodismo de travesuras y audacias que había hecho su completa aparición en el mundo, pocos años antes, en la guerra francoprusiana de 1870. Nadie antes de él, nadie después de él ha tenido el secreto o, mejor que el secreto, la fuerza de voluntad necesaria para hallarse allí donde se engendran las noticias y donde se fragua la historia: en Cantavieja y en el *Collado*, en una comida de corte vestido de camarero o en un tren real desfigurado como revisor. No recordaba nunca Don Alfonso XII haber llegado a ciudad ni pueblo alguno que no le viera a su lado: «la marcha real, el Tedéum y Mencheta», solía decir, son los tres números obligados de toda recepción...

\* \*

Tal fué, o tal veía yo cuando menos al ilustre periodista que ha desaparecido: modesto cantero que por un milagro de la voluntad se labró también una posición y un nombre. Hace unos veintiocho años, en plena fiebre de la Exposición Universal que se proyectaba, Mencheta se acordó de Barcelona. Una noche, ya en plena expectación de aquel inolvidable acontecimiento, un tropel de voceadores invadió las Ramblas pregonando un nuevo periódico: *El Noticiero Universal*.

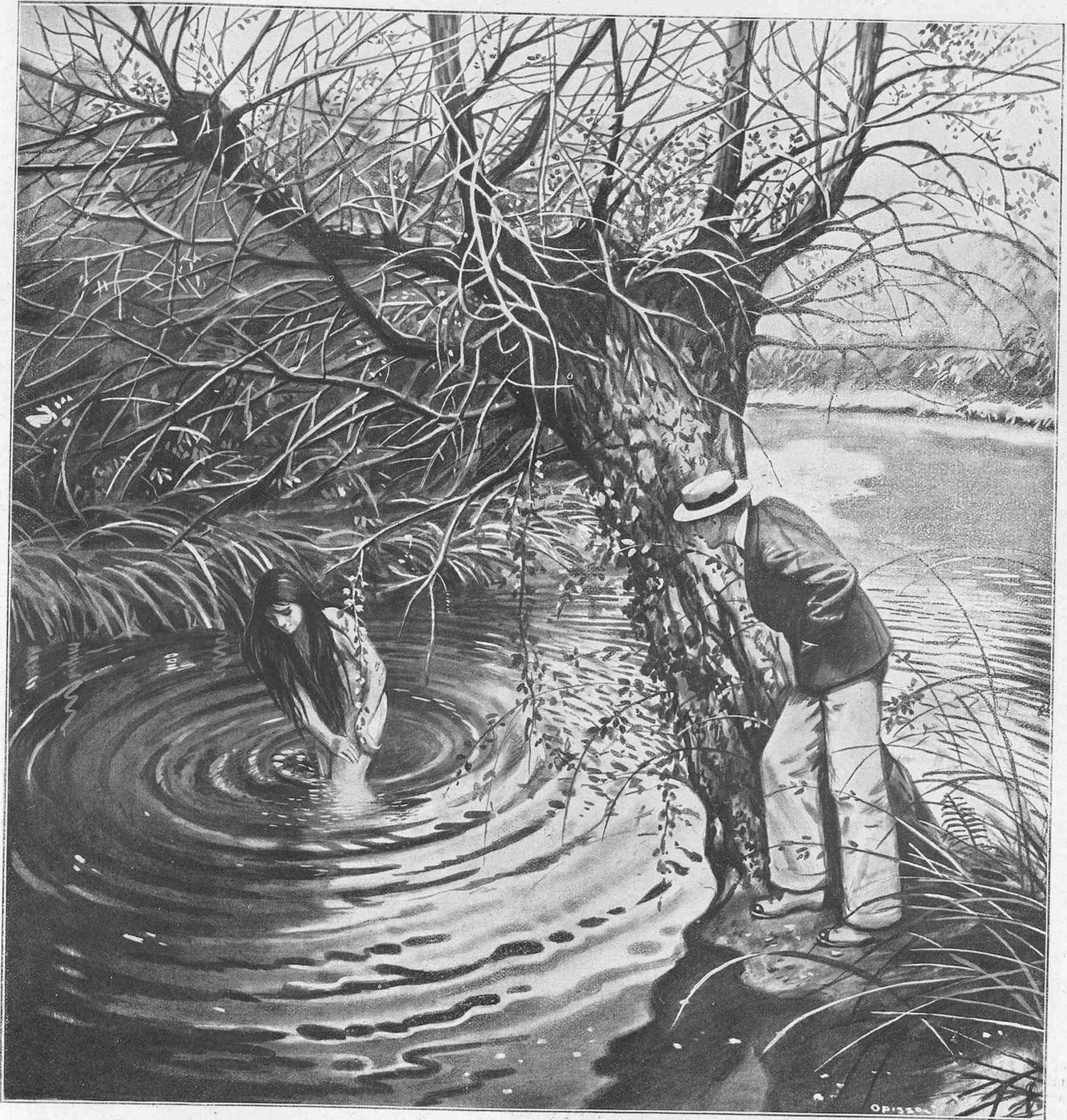
Nacido al calor de aquella fecha que separa la Barcelona antigua de la moderna, la Barcelona metrópoli de la simple ciudad provinciana, el periódico fundado por el Sr. Mencheta vive todavía y significó para su fundador una completa naturalización en la capital de Cataluña, que se fué acentuando con los años. El entierro de Mencheta vino a ser una demostración del arraigo adquirido aquí: intereses, familia, vínculos de sangre y de afecto, todo le ligaba ya a Barcelona, donde encontró atmósfera adecuada a sus iniciativas, a su espíritu de trabajo y laboriosidad.

Su recuerdo quedará, entre los profesionales sobre todo, como una lección. Vivió constantemente de la prensa y dentro de la prensa sin derivar hacia la política, que todo lo corrompe, que todo lo perverte, su propio cauce y los que tiene al lado. Se dirá que Mencheta fué algunas veces diputado a Cortes, que era actualmente senador vitalicio... Sí, fué todo eso; pero no para politiquear, no para desertar de la prensa. Fué, para servir mejor a sus periódicos y a su público. Como cuando se vestía de camarero o de revisor, para husmear cerca de los mandones...

MIGUEL S. OLIVER.

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de

DE LA TIERRA AL PARAÍSO, POR LA BARONESA DE WILSON, dibujo de Opisso



— ¡Qué prodigiosa criatura!, exclamó; jamás vieron mis ojos tipo más bello y tan joven

Sin ilusiones en la mente ni esperanzas en el corazón, vegetaba el duque de San Marcelo en sus extensas y productoras haciendas de Andalucía.

Decepcionado en el campo de la política, donde había sostenido lucha recia y tenaz; cansadísimo de las intrigas y ambiciosos empeños palaciegos; dominado por el profundo hastío que le inspiraba la constante comedia social, la eterna pugna entre lo grande y lo pequeño, entre lo noble y lo mezquino, había convertido en un ser escéptico, pesimista y ajeno a todo sentimiento que suavizar pudiese la aridez de su vida, ni hiciera resurgir el tesoro de ternura que muy hondo, muy oculto, encerraba en su pecho.

Siempre solo, siempre triste; sin amigos, sin afectos, podría creerse que era el duque, y él lo pensaba, una máquina de movimiento continuo, refractaria al sosiego y perseverante por demás para combatir con los elementos.

Nada le arredraba, nada le contenía; su voluntad siempre soberana había impuesto a toda debilidad

física y cruzaba los campos a caballo o en automóvil, sin parar mientes en las ventiscas, en los temporales, en la lluvia torrencial o en la tierra cubierta por espesa capa de nieve.

No menos alardeaba el duque de tener la fortaleza del roble y las energías del granito para resistir los ardores del sol estival, y días y días vagaba por sus dehesas, se perdía a largas distancias del suntuoso palacio señorial precisamente a las horas en que los parajes más frondosos le brindaban frescura y solaz.

Más temprano que de costumbre y en mañana primaveral, tomó el duque por un angosto sendero y, distraído, llegó hasta un soto que le era por completo desconocido.

Fertilizábale manso y clarísimo arroyuelo, y por demás galana, fresca y exuberante era la naturaleza en aquel risueño rincón de Andalucía.

Bañado en sudor llegó el duque al ameno sitio y por vez primera sintió cansancio, languidez e imperioso deseo de dar reposo a sus nervios, y como es-

pesa capa de hierba le brindaba mullido asiento, se tendió bajo la sombra de un árbol quedándose dormido. El sueño fué largo y reparador, y al despertar llegaba el sol a mitad de su carrera y sus destellos eran de fuego.

Aun permanecía Carlos de San Marcelo bajo la influencia de extraño bienestar, cuando una voz fresca, juvenil, bien timbrada, le hizo prestar atención y hasta recrearse con el canto, rico en dulzura y en armonías. La curiosidad se despertó en la indiferente imaginación del duque.

Más allá, al frente del sitio donde se encontraba, habían formado las plantas trepadoras verdadera muralla de follaje, precisamente donde el riachuelo hacía remanso, como deleitoso baño natural sombreado por altas y verdes frondas.

El canto había cesado y el duque se acercó poco a poco sin hacer ruido, y a través del enmarañado cortinaje vió a una mujer que se solazaba nadando.

— ¡Qué prodigiosa criatura!, exclamó; jamás vieron mis ojos tipo más bello y tan joven...

Contenta, bulliciosa, lanzaba exclamaciones y de vez en cuando su voz purísima, su garganta, gorjeaba como los pájaros. San Marcelo sentía deleite inexplicable escuchándola y contemplando embelesado las raras perfecciones, las escultóricas formas de la gentil andaluza, medio veladas por el amplio peinador que la cubría y la espesa y larguísima mata de cabellos negra como azabache.

Clavado permanecía San Marcelo, sin resolverse a separarse de aquel sitio, y en tumulto se despertaban en él todas las sensaciones dormidas, pareciéndole que su sangre era de fuego. Sin embargo, como avergonzado de aquel espionaje, vió salir del agua a la gentil cantora, coger algunas flores silvestres, lanzarse a la carrera y desaparecer por la puerta de una modesta granja medio escondida entre un grupo de árboles.

Cuando el duque de San Marcelo volvió de su paseo parecía otro hombre; se había operado en él total transformación, y fué tan rápida, tan ostensible, que dió margen a extraños comentarios.

De claro en claro vió pasar la noche, y apenas alboreaba cuando emprendió camino por el mismo sendero que el día anterior hasta llegar ansioso al sitio donde había disfrutado aquellos instantes de inmensa felicidad; pero ni en el baño ni en la pradera vió a la encantadora que con mágico influjo cambiaba la marcha monótona de su vida. Ya el corazón era más fuerte que su voluntad y en embriagador empeño le guiaba hacia la granja guardadora de aquel tesoro, cuando se fijó en un acopado árbol que por su forma semejaba tupido pabellón y a su pie dormía sosegadamente la hechicera criatura.

— ¡Qué hermosa es!, balbució el duque subyugado por entero, contemplándola con amor y a la vez con infinita ternura.

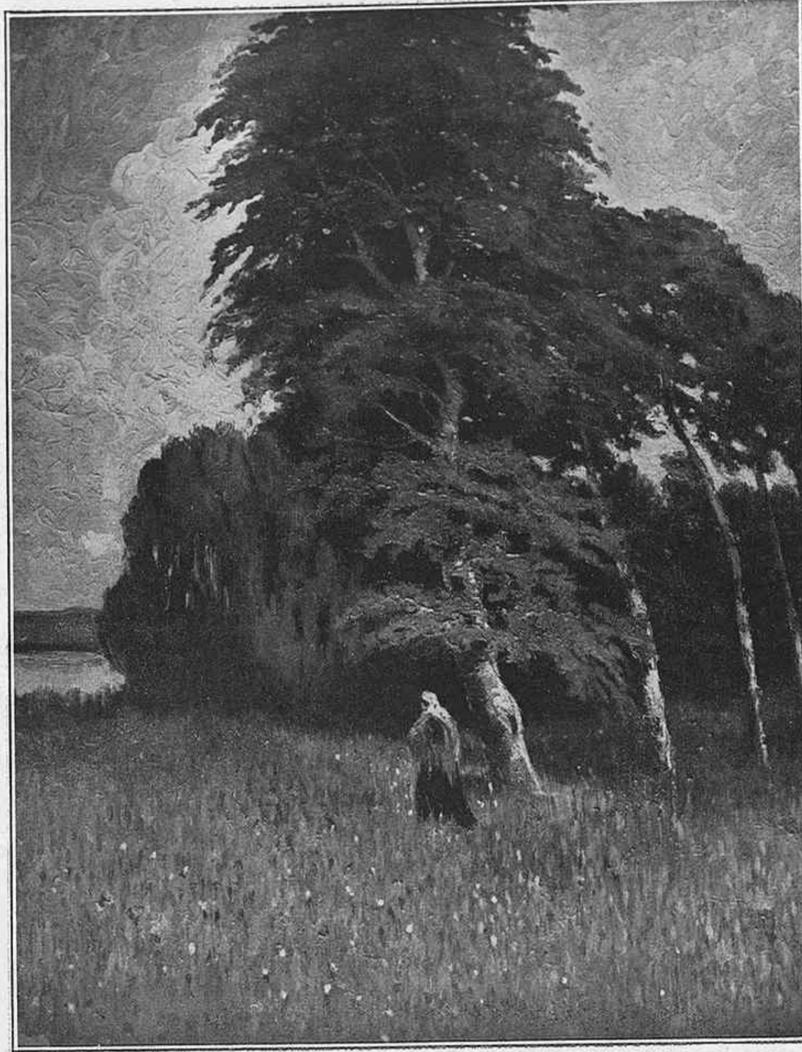
No, no deseaba que despertase: quería admirarla a su sabor, fotografiarla en la mente, grabar su imagen en lo más profundo de su corazón; pero temiendo que al salir del sueño su presencia le produjese sobresalto, se alejó ocultándose en un bosquecillo de naranjos y permaneció sumergido en verdadero éxtasis, cuando una voz de mujer le hizo volver a la realidad.

— ¡Aurora! ¡Aurora! ¿Dónde estás, hija mía?

Sintió el duque como si el corazón saltase dentro de su pecho. ¡Extraña providencial coincidencia! Se llamaba como su madre, aquella madre adorada que hacía pocos años le arrebató la muerte.

Despertó la joven, se puso en pie de un brinco, corrió al encuentro de la granjera y con infantil amoroso impulso la enlazó con sus brazos y juntas se internaron por la fresca arboleda dirigiéndose a la casita.

Pensativo, enajenado, formando locos y deliciosos planes llegó a su caserón solariego el enamorado San Marcelo, y durante largo espacio acarició una idea seductora que al ensanchar los limitados horizontes de su porvenir, los iluminaba con áureos perdurables esplendores, transportándole a un paraíso hasta entonces velado para él.



Fin de estío, cuadro de J. J. Kowaliki que figuró en la exposición de las Galerías Layetanas. (De fotografía de F. Serra.)

San Marcelo amaba por vez primera; en la corte había tenido caprichos pasajeros, amores fáciles que

su amor? ¿Acaso en aquella celestial criatura cabía la seducción de un título y de las riquezas? No; era imposible.

Abismado y luchando con sus propios sentimientos, llegó al soto, siguió hasta el riachuelo, aguardó a que entrara más la mañana y a reponerse de la agitación que sentía, la cual en vez de calmarse iba en aumento.

La sencilla granjera le acogió con sonrisa bonachona y sencilla franqueza; pero a las primeras palabras del duque se turbó y no supo qué contestar.

Con resuelto ademán y voz firme le confesó San Marcelo que amaba a la joven Aurora y que ella era el imán que allí le conducía.

— Mi hija es honrada y ese amor es imposible.

En aquel momento, Aurora entró en la modesta sala.

— ¿Qué piensa usted de mí? Su hija es hermosa como un sol y se la pido a usted por mujer.

— ¿Qué dice usted, señor?

Aurora contemplaba al duque y su arrogante y noble figura impresionó su corazón.

— ¿Casarse con usted?

— ¿Y por qué no?

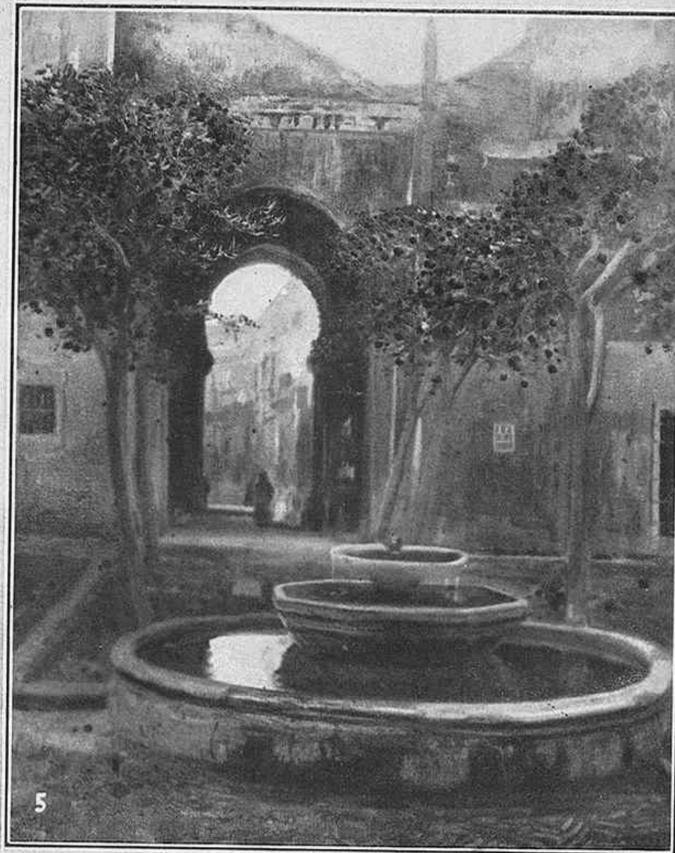
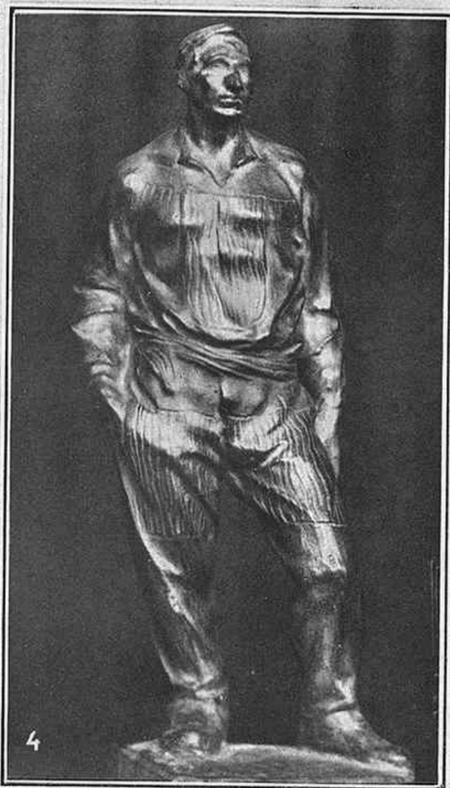
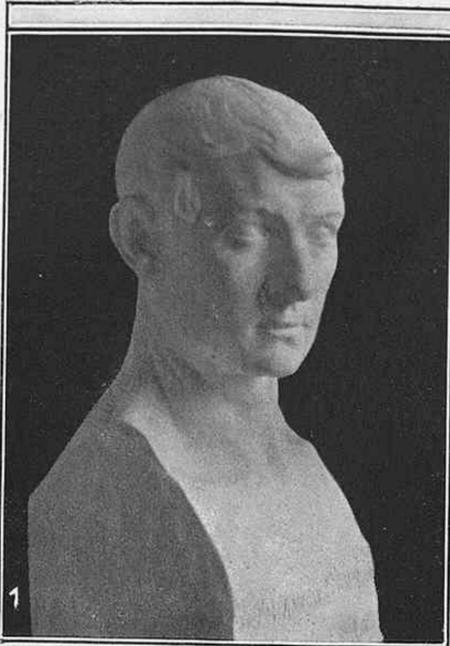
— ¡Duquesa de San Marcelo!

— Sí, ella merece un trono y será mi esposa adorada; desde hoy le daré a usted el dulce nombre de madre.



Nosotros, cuadro de E. Salaverria que figuró en la última exposición del Círculo de Bellas Artes de esta ciudad. (Fot. Serra.)

no dejan recuerdo, deseos de un momento; pero su corazón jamás se había impresionado. Aurora, Au-



1. Busto del diestro Paco Baró, obra de Antonio Pablo. - 2. Tipo valenciano, cuadro de A. Marcos López. - 3. María Luisa, escultura de Ignacio Pinazo Martínez. - 4. Tipo vasco, escultura de Julio Vinent. - 5. La Puerta del Perdón en Sevilla, cuadro de Félix Lacárcel. - 6. Labrador valenciano, cuadro de Francisco Gras. - 7. Retrato de la señorita M. de R., escultura de V. Navarro. - 8. Retrato de la señora N., pintado por Salvador Tuset. - 9. Deméter, escultura de Ignacio Pinazo Martínez.



algunos sectores a orillas del Stochod, en la región de Ručka-Tchervitchie y en la de Brody; han ocupado varios pueblos y algunas alturas en las inmediaciones de Kut; y en los Cárpa-

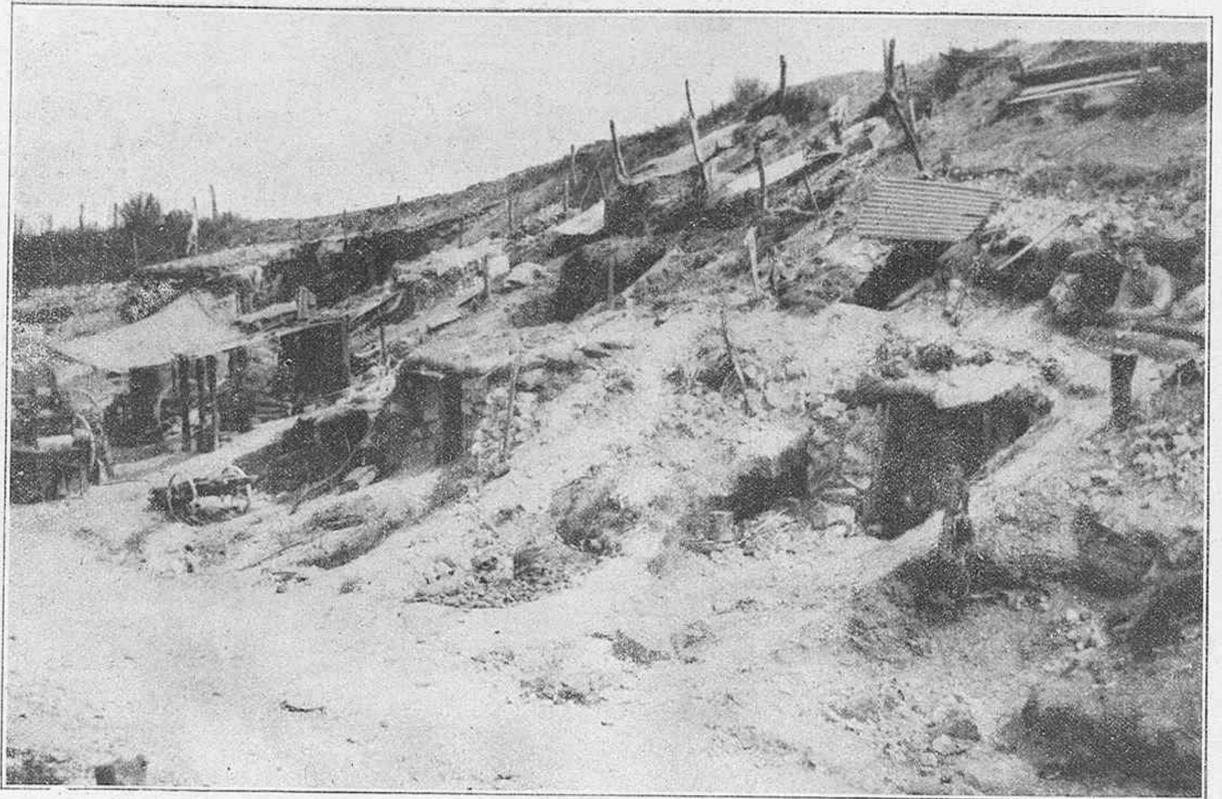
Tofana han tomado fuertes posiciones en las vertientes occidentales de la tercera Tofana y en el valle de Travenanzo, progresando en este último; en los Alpes de Fassa, han ocupado posiciones en la zona montañosa, se han apoderado de varias trincheras en las vertientes del monte Cauriol y en la cima de Cupola, y han realizado nuevos progresos en estos últimos puntos; en el valle de Posina han rechazado ataques contra las posiciones del monte Seluzzio; sobre el monte Piano han ocu-

Komarján y en las inmediaciones de Vetrorick y numerosos contraataques contra las alturas situadas al Oeste y al Noroeste del lago Ostrovo. Los destacamentos avanzados que habían atacado al Oeste de Serés, se han replegado sobre el Struma, y el ala extrema servia se retiró sobre su posición principal de resistencia próxima al mencionado lago.

Los germanobúlgaros han ocupado los montes Nic y Mal Aroka, al Sur y al Sudeste de Florina; la ciudad de Demir



El rey Fernando de Rumania, nación que recientemente ha declarado la guerra a Austria-Hungría. (De fotografía.)



En el frente del Somme. Los trogloditas modernos. — Aldea de cuevas construída por los soldados franceses en la vertiente de una colina. (De fotografía de M. Branger.)

tos han expulsado a los austriacos de sus posiciones al Noroeste del monte Koverla, y han ocupado el pueblo de Gutno, llegando hasta las fuentes del Bistrizta y del Bistrizta-Navorjanska, hasta la región de Rafalow.

Los austroalemanes han rechazado ataques en la región de Rudka-Czervicze, en las inmediaciones de Zabie, en el sector del paso de Tartarov y al Oeste del Moldava; han hecho fracasar algunas tentativas de avance al Norte del paso de Tartarov; han desalojado al enemigo de algunas posiciones avanzadas cerca de Kisselyn; han tomado algunas trincheras en el ferrocarril de Sarny a Kovel; han ampliado la posición de Stara Vipzyna, asaltando nuevas posiciones enemigas; han impedido a los rusos el paso del Duna, al Oeste de Friedrichstadt; han conquistado nuevas posiciones al Oeste del Moldava; y en los Cárpatos, han ocupado el paso de Stepanski, al Oeste del Czarny-Czeremosz, rechazando varios contraataques.

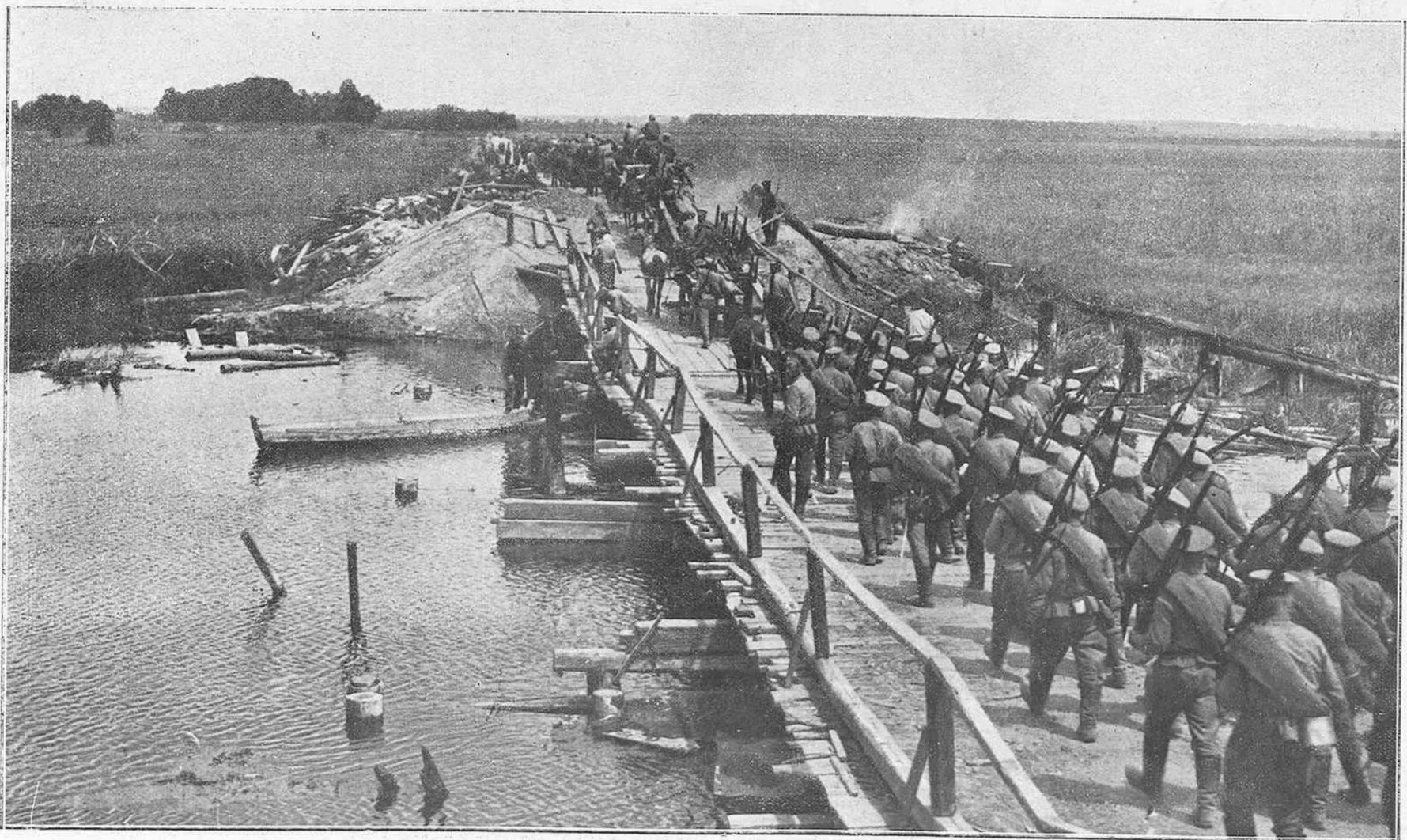
**Italianos y austriacos.** — Los italianos han reforzado sus posiciones en la zona de Goricia y sobre el Carso; en la meseta de Asiago han rechazado intentos de avance del enemigo sobre Casera Zingarella y Casera Zebio-Pastorelle; en la zona de

pado un fuerte atrincheramiento más allá de Forcella; y en el alto Piave han extendido sus posiciones hasta la cima del valle. Los austriacos han rechazado ataques contra las líneas de las alturas del sector de Cima di Geco y contra las posiciones del monte Cauriol, y algunos intentos de avance en el sector de Flecken.

**En los Balcanes.** — Los aliados han consolidado las posiciones conquistadas entre el lago Doirán y el río Vardar; se han establecido en los fuertes meridionales de los montes Veles, ocupando toda una línea de alturas cerca de Jumnica, en la orilla Oeste del citado río; han conquistado la primera línea de trincheras búlgaras en las alturas de Kukuruz, ocupando los fuertes de Koimakalar; han avanzado en la zona montañosa entre Cerna y Mogleniza; han progresado al Norte de Strapino; han conquistado varias posiciones al Norte de Palmis, en el sector de Doirán, rechazando las tentativas del enemigo para recuperarlas; y han rechazado ataques en el distrito de

Hissar y la orilla izquierda del Struma, entre Butkova y el lago de Tachim; dos estaciones en el ferrocarril de Salónica a Florina, todas las posiciones de Malka-Nidze-Planina, la cresta de Smijirica-Planina, la posición y aldea de Gornitchevo, la ciudad de Kastoria, una posición fortificada en la cresta del Malkanidza, el monte Kreta y las alturas al Norte de Kavala; han arrojado al enemigo al otro lado del Struma; han progresado en la alta planicie del lago Ostrovo; han avanzado en el valle del Struma, ocupando varias aldeas; se han instalado definitivamente en la cumbre del Dzanat Jeri, al Norte del lago Ostrovo, y en el valle de Mogleniza; y han rechazado ataques contra estas últimas posiciones y contra las de Kukuruz y Kovil.

**Nuevas declaraciones de guerra.** — Rumania ha declarado la guerra a Austria Hungría, y como consecuencia de esto, Alemania la ha declarado a Rumania. Italia ha declarado la guerra a Alemania.



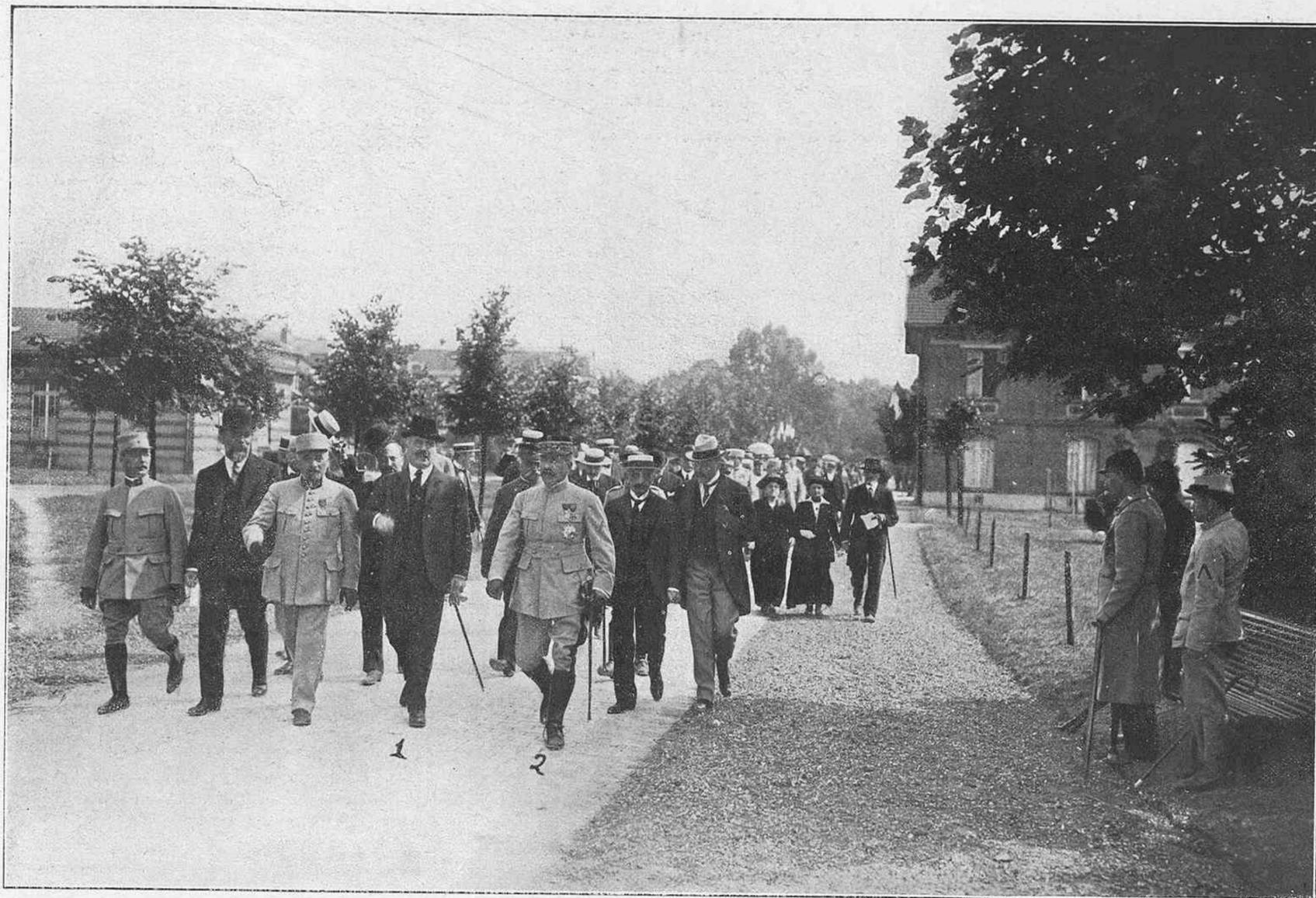
El avance ruso. — Convoy y fuerzas de infantería atravesando un río por un puente provisional tendido por los ingenieros. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)



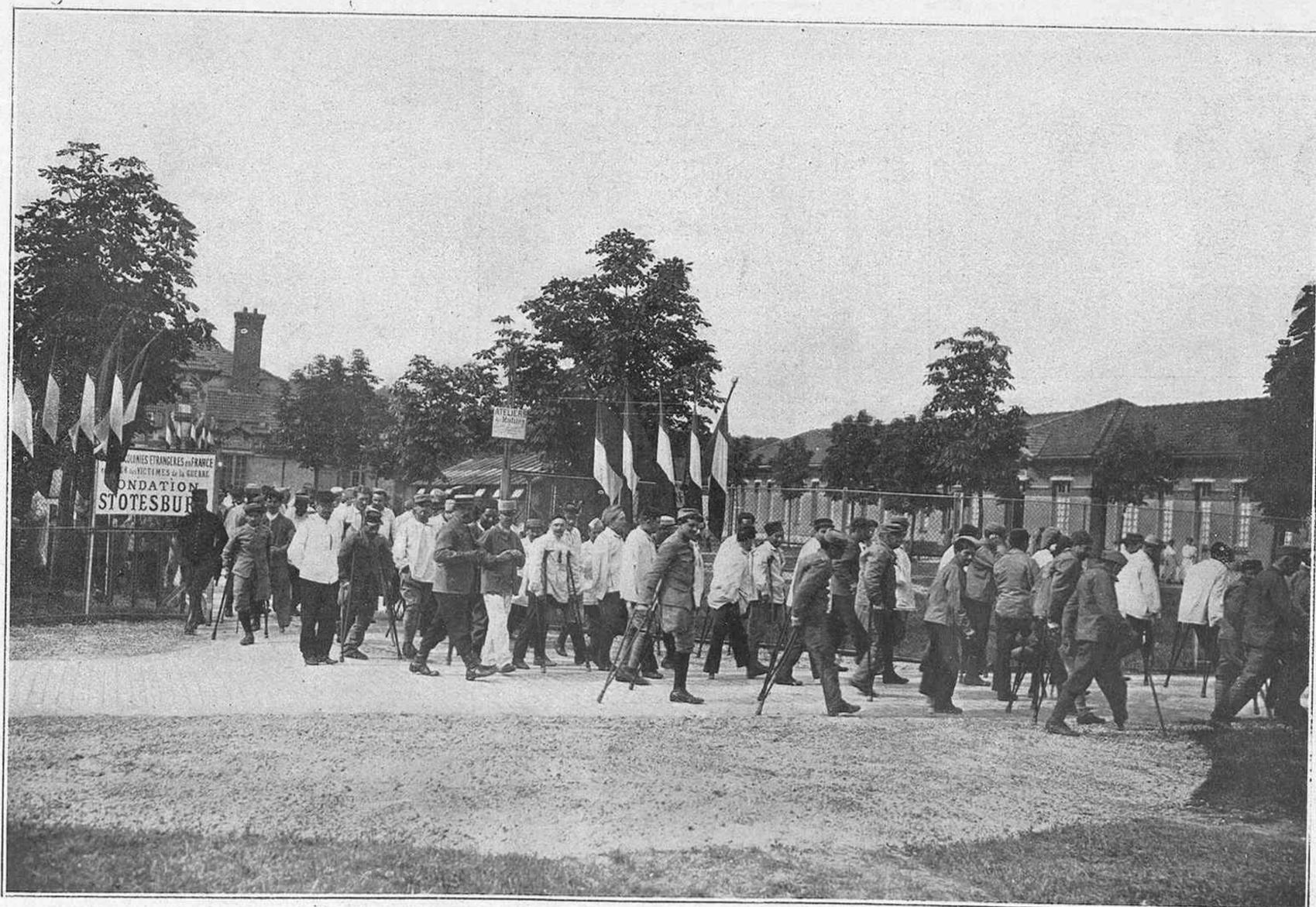
El general belga de Selliers de Morainville (1) y el comisario general M. León de Paluw (2) inaugurando el Instituto Militar belga de Reeducción profesional de los Mutilados, instalado en Port Villez, cerca de Vernón (departamento del Eure)



Soldados mutilados belgas trabajando en labores de jardinería en el Instituto de Port Villez



El subsecretario de Estado en el servicio de Sanidad M. Justin Godard (1), acompañado del general Dubail, gobernador militar de París (2), inaugurando una escuela de reeducación profesional de mutilados instalada en la Casa Blanca, cerca de Neuilly-sur-Marne



Soldados mutilados franceses saliendo de los talleres de la escuela de Casa Blanca



San Sebastián. - S. M. la Reina D.<sup>a</sup> María Cristina (1) y S. A. la Princesa de Battenberg (2) a la llegada de ésta a la capital donostiarra. - Santander. S. M. la Reina Doña Victoria con su madre la Princesa de Battenberg y sus augustos hijos el Príncipe de Asturias y el Infante D. Jaime pasando revista a los exploradores santanderinos. (Fot. Vidal.)

#### LA PRINCESA BEATRIZ DE BATTENBERG

El día 24 del mes próximo pasado llegó a San Sebastián la

Princesa Beatriz de Battenberg, madre de nuestra soberana. Habían ido a esperarla a la frontera S. M. el Rey D. Alfonso XIII y S. A. el Príncipe Raniero, y en San Sebastián fué recibida por S. M. la Reina D.<sup>a</sup> María Cristina, S. A. el Infante D. Carlos, las autoridades y muchas personalidades distinguidas.

Por la tarde, después de haber asistido a las carreras de caballos, la Princesa, acompañada del Rey, del Infante D. Carlos y del Príncipe Raniero, embarcóse en el yate real *Giralda*, habiendo llegado a las doce de la noche a Santander, en donde se propone pasar una temporada al lado de sus augustos hijos.

Hace pocos días, SS. AA. el Príncipe de Asturias y el Infante D. Jaime, vistiendo por vez primera el traje de *boy-scout* y acompañados de la Reina Victoria y de la Princesa Beatriz, revistaron en el Sardinero las tropas de los exploradores santanderinos.

#### LA VIRGEN DE QUERALT

En los talleres que en Barcelona tienen los Sres. Renart, ha sido recientemente restaurada la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Queralt, cuya coronación se ha efectuado con gran solemnidad en la ciudad de Berga.

La restauración ha sido hecha con gran inteligencia, respetando el carácter de la imagen, que, según parece, data del siglo XII.

Las coronas que ostentan la Virgen y el Niño y que constituyen dos hermosas joyas del arte de la orfebrería, han sido fabricadas por la casa Cabot, son de estilo románico, de oro, con aplicaciones de plata y pedrería. En la de la Virgen han entrado 718 gramos de oro, 184 de plata, 3 turmalinas, 8 brillantes, 541 diamantes, 10 granates, 2 turquesas, 28 medias perlas, 16 jacintos, 2 malaquitas, 4 ópalos, 4 calcedonias, 13 topacios, 8 cornulinas, 90 esmeraldas, 100 rubíes, 4 aguas marinas y 17 amatistas; en la del Niño, 95 gramos de oro, 24 de plata, 12 brillantes, 99 diamantes, 4 turmalinas, 12 jacintos, 13 topacios, 36 rubíes, 16 esmeraldas y 4 amatistas.

#### MELILLA. - VISITA DEL GENERAL JORDANA

Procedente de Tetuán y de Ceuta, llegó el 25 del mes próximo pasado a Melilla el general Jordana, Alto Comisario de España en Marruecos, habiendo sido objeto de un entusiasta y cariñoso recibimiento por la población entera de aquella plaza, que no olvida cuánto deben ella y España a tan ilustre caudillo.

El general Jordana fué recibido, al desembarcar, por el Comandante general Sr. Aizpuru, por las autoridades y entidades melillenses, por muchos notables y cheijes de las cabilas vecinas y por un público enorme.

Después de revistar a las tropas que le habían

tributado los honores, el general Jordana se dirigió a la Residencia, en donde se celebró una recepción.

Durante su estancia en Melilla, el Alto Comisario visitó las posiciones recientemente conquistadas, inspeccionando las fuerzas y recibiendo numerosas comisiones de moros adictos.

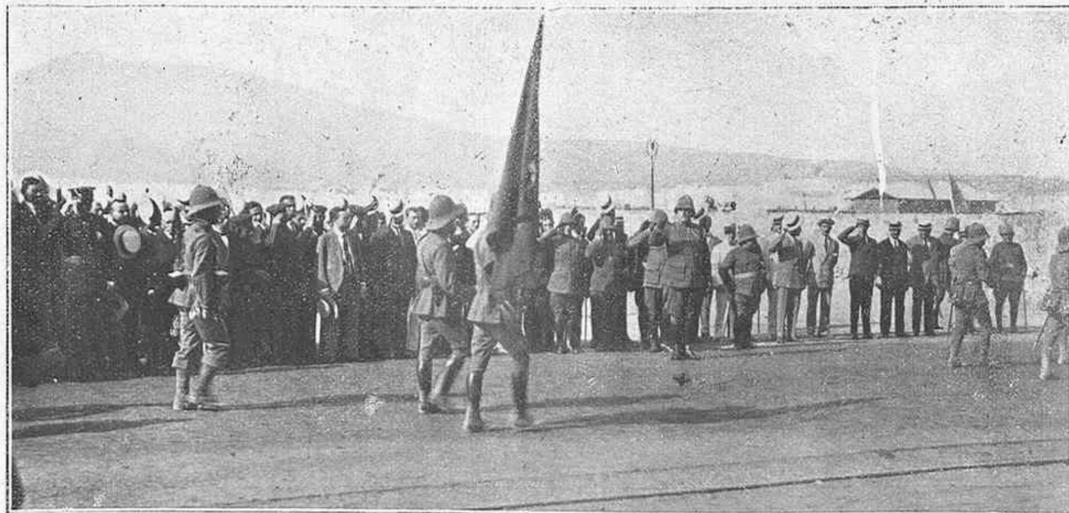
#### VALLADOLID. - NUESTRA SEÑORA DE LA ANTIGUA

Este templo, que recientemente ha sido declarado monumento nacional y cuya reconstrucción ha sido acordada por el gobierno, data, en su primitiva fábrica, de los comienzos del siglo XI, habiendo sido renovado a mediados del XIV por el Rey Alonso XI, que dió a la nave principal y al crucero mayor altura y cambió los techos de madera por elegantes bóvedas.

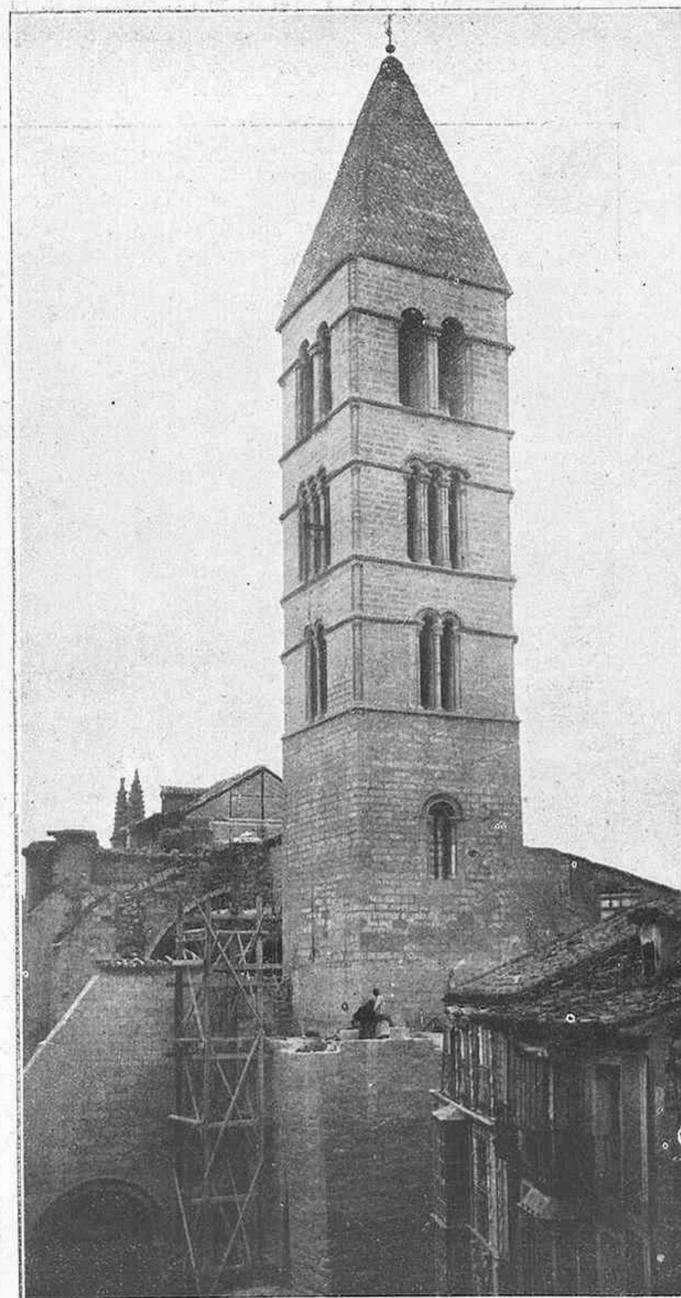
Entre sus más notables detalles merecen citarse especialmente el ábside principal, el pórtico o claustro exterior, compuesto de quince arcos; la torre, una de las más altas y hermosas del arte bizantino, y el retablo de la capilla mayor, obra magistral de Juan de Juni, artista insigne que en León y en otras muchas catedrales dejó muestras admirables de su genio.



Imagen de Nuestra Señora de Queralt, que ha sido recientemente restaurada en esta ciudad por los señores Renart y cuya solemne coronación, en Berga, se ha efectuado el día 3 del actual. Las magníficas coronas que ostentan la Virgen y el Niño han sido fabricadas por la casa Cabot. (De fotografía de Baltasar Castellá.)



Melilla. Visita del Alto Comisario de España en Marruecos general Jordana. El general Jordana presenciando el desfile de las fuerzas que le tributaron honores a su llegada. (Fot. Lázaro.)



Valladolid. - Iglesia de Nuestra Señora de la Antigua, declarada monumento nacional. (Fot. remitida por la Sra. Viuda de Montero.)

## POR LA GLORIA

NOVELA ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. - ILUSTRACIONES DE V. CARRERES



I

La providencia había hecho de todo para labrar la felicidad o al menos el contentamiento de Matías, y no habiéndolo conseguido en setenta años, había perdido los ánimos, dejando que la desgracia se le echase encima.

Sí, porque Matías hasta el setenta y ocho se había conservado sano como un pez sano; tenía una compañera que lo sabía todo de memoria y le quería con toda el alma, un hijo inteligente y bueno, que honraba a la Academia; estaba acomodado, gracias a su pintura; gozaba de la estimación de sus vecinos y poseía la admiración de los remotos.

Otro hubiera tenido de sobra.

Matías no, porque se había enamorado de la gloria.

Cuando se había pasado un mes delante del caballete, mañana y tarde, con la paleta en la mano; cuando se había apartado mil veces al menos de su obra para juzgarla; cuando se había acercado otras mil veces a ella hasta tocarla con la nariz; cuando finalmente deponía paleta y pincel sobre el caballete para frotarse las manos porque había concluido, ¿creen ustedes que Matías estaba contento?

De su cuadro sí, porque, mirado de cerca y de lejos, tenía la solidez de color de los venecianos, la idealidad de los florentinos de los buenos tiempos, la seguridad de dibujo de los pintores viejos, sin ninguna de las negligencias que los jóvenes han puesto de moda: de su cuadro sí, estaba contento, pero no ya de la crítica.

No, no estaba contento de la crítica necia, de la crítica bestial, de la crítica impotente para todo lo que no fuese atormentar al arte.

No estaba contento de *Sincerus*, que predicaba

en su viejo periódico en nombre de una teoría tomada a la diablo de los libros y puesta por las nubes como dogma; no estaba contento de *Novus*, que en otro periódico desatinaba alegremente el primer jueves de cada mes, dando celebridad a los jovencitos impacientes, y burlándose de los demás.

Sabía muy bien que *Sincerus* nunca había embadurnado un lienzo, y que, para adquirir fama de crítico competente le había bastado abrevarse en la gamella (Matías decía *gamella*) donde el arte de todos los tiempos ha limpiado sus pinceles.

Sabía que *Novus* había querido ser artista, y porque sólo había conseguido hacer reír a sus compañeros de escuela, se había lanzado bravamente a intimidar a los profesores en los periódicos.

Pero estas consideraciones no le consolaban. Hubiera querido que todos los artistas, todos los que son verdaderamente tales, todos los enamorados de lo bello, se alzasen soberbiamente contra ese oficio impotente que llaman crítica, y se riesen de él a coro.

En vez de esto sucedía entonces, y hoy sigue sucediendo lo mismo, que los pintores de ingenio se hacían alabar por el mal compañero de la escuela transformado en crítico.

Aquel *Novus*, por ejemplo, no sólo alababa al arte nuevo, sino que lo adulaba hábilmente diciendo pespes del arte viejo.

Así es que los pintores ya no se reían de él sino

en secreto; aceptaban y adulaban a su vez al crítico, pidiéndole sin pudor el juicio, la alabanza y, el cielo los confunda, hasta el consejo.

Matías no estaba, pues, contento de la crítica; todo lo contrario.

Había reunido una multitud de despropósitos de arte, de contradicciones, que se leían en apéndice, y por poco que se le autorizase, citaba un par de ellas para que la gente ingenua viese y tocara la desgracia que perseguía a las bellas artes.

Afortunadamente esta desgracia era soportable gracias a Tomasina, la cual hacía treinta años que tenía la misión de cultivar la pintura y el amor propio de su marido, de animarlo cuando la crítica había desatinado más, de sostener su fe para que no se extraviase en la senda de la gloria.

Y cuando finalmente Matías, en las barbas de *Sincerus* y de *Novus*, había logrado llevar al extranjero su arte y su nombre, era también Tomasina la que le había sonreído con la sonrisa de la juventud, una sonrisa a la que faltaban muchos dientes, pero llena siempre del viejo amor.

Después Tomasina se había ido al otro mundo, sintiendo tener que obedecer a la gran voz antes de haber cerrado los ojos a aquel pobre tan glorioso y tan débil, que quería la inmortalidad y tenía que contentarse con el elogio.

Porque Tomasina había visto claro, y no confundía la gloria, que Matías miraba a veces de lejos, con

... había atormentado ya a muchos sirviendo de modelo a dos liras por hora

la aprobación que encontraba todos los días en su camino.

Todos los días es un modo de decir; la verdad es que no la encontraba siempre; que *Sincerus*, al menos una vez cada mes, lo atenazaba en el apéndice; que *Novus*...

— ¿Y qué te importa a ti lo que digan *Sincerus* y *Novus*?, decía Tomasina; si tú eres glorioso, si tu fama crece de día en día, si los forasteros que vienen a Milán quieren visitar tu estudio, estrecharte la mano, asegurarte que tus cuadros son admirados en sus países...

— Es verdad, es verdad, convenía Matías con resignación; y hasta me pagan, y me pagan bien. Pero somos humanos y no podemos abstraernos a las flaquezas humanas. Por lo demás tienes mucha razón; la crítica maligna no me hará más daño que la picadura de un mosquito. Y, a decir verdad, en la vida del artista, los mosquitos no son inútiles, porque los adversarios pueden hacer más bien que los amigos. Los grandes artistas han tenido siempre un enemigo precioso a quien deben su grandeza.

Habiendo proferido estas frases llenas de buen sentido filosófico, hubiera querido decir otra todavía más filosófica y resignada, que había hecho menear la cabeza a Tomasina:

— Esos dos mosquitos pueden picarme cuanto quieran; yo los aplastaré con mi arte.

Después, cuando Matías se había inclinado con lágrimas en los ojos sobre el lecho de la amiga, de la compañera, para decirle que no se muriese, que no lo dejase solo, ella estrechó con su descarnado pecho la cabeza gloriosa, pronunciando por última vez la palabra que había servido durante treinta años:

«¡Ánimo!»

Cuando Tomasina reposó en el cementerio, Matías había querido resistir; y a su hijo, que le escribía de Harlem cartas llenas de afecto, proponiendo dejar sin copiar la testa del *Coronel Los* de Franz Hals, para correr a llorar al lado de su padre, Matías contestaba con valor:

«Soy fuerte, y tengo el arte, que es mi consuelo; resistiré. Tú que eres joven estudia la técnica de la gran pintura flamenca. Encontrarás en Milán muchos jóvenes que ya no saben admirar nada, y, estudiando únicamente el natural, apenas son copistas.»

Solamente después de haber expuesto en su estudio su último cuadro grandioso, se había sentido vencer por el desaliento, y había llamado a su hijo para que le ayudase a curarse.

Aquel cuadro era verdaderamente un poco académico, pero tenía la solidez del color, la seguridad del dibujo que ni los más envidiosos negaban a Matías.

De un fondo luminoso, en el que se adivinaban esbozos de cuadros celebrados, se destacaba una bella figura, enteramente desnuda, brillante en sus carnes blancas, intactas; apoyaba un pie en el suelo, pero tenía la cabeza levantada, y sus ojos escrutadores buscaban mundos lejanos.

La bella criatura parecía querer elevarse al cielo, y hallarse retenida... ¿Por quién? Quizá por una ramita de hiedra que se había agarrado a su lindo pie.

En torno de ella se movía una multitud de artistas jóvenes, que trabajaban, unos en el mármol y otros en la pintura, sin volverse siquiera a dar una mirada a la magnífica desnuda; sólo, en un rincón, un artista cano, pero enamorado todavía, suplicaba con el ademán a la joven que no se marchase.

Pues bien, el cuadro de Matías tuvo la peor desgracia que puede tocarle a un artista: no fué comprendido.

Pero había sido culpa del artista si su concepción no entraba de pronto en el cerebro del público.

Él mismo convenía en ello.

¿Por qué economizar cuatro palabras de título? ¿Por qué no decir, por ejemplo: *El arte indiferente a la carne*? Hubiera sido una mentira enorme, pero al menos muchísimos la hubieran creído.

¿Qué hacen los artistas modernísimos cuando aseguran haber tenido una idea?

Bautizar el cuadro; ni más ni menos.

Meted en un fondo negro un troncho de col, o cualquier otra cosa; anunciad en el marco que habéis expresado un concepto filosófico, y no faltarán admiradores de la filosofía.

Sí, porque el público ha estado siempre muy inclinado a la filosofía... sí, porque el público...

El público, en aquella ocasión, se había mostrado el mismo de siempre (yo no digo qué, Matías decía *filósofo*); pero, ¿qué decir de la crítica de *Sincerus*, quien en el magnífico desnudo no había visto más que la *modelo eterna*, es decir el arte, que puede ser la carne o el alma? ¿Y qué decir de la crítica de *Novus*?

Estando escondido detrás del cuadro, con un artificio adoptado ya por Apeles, Matías lo había visto venir, con su cortejo de pintores imberbes; mirar atentamente, acercarse, alejarse, volverse a acercar, sin abrir la boca.

«¡Vete a tu casa, imbécil!»

Palabras auténticas pensadas por Matías detrás del cuadro.

«Piénsalo bien y desatinarás mejor; imprimirás tus desatinos el jueves.»

Pero había llegado el primer jueves, había llegado el segundo, y luego el tercero, y *Novus* no se había dignado resollar.

Esa fué la crítica que hizo salir de quicio al hombre glorioso.

No le importaba un bledo, como pueden ustedes creer, lo que hubiese escrito *Novus*; aunque hubiera dicho en letras de molde que Matías había pintado el triunfo de la carne, era muy dueño de hacerlo; pero al menos su propia carne hubiese estado contenta; en cambio, callando *Novus*, la carne triunfaba sobre Matías.

Entonces fué cuando escribió a su hijo Tito diciéndole que dejase plantado al *Coronel Los* y regresase a su casa.

Y cuando lo hubo estrechado contra su pecho combatido por tantas ternuras adormecidas, por un dolor que despertaba agudo; cuando le hubo mirado en sus ojos llenos de bondad, como para encontrarlo entero, lo condujo a su estudio delante de su cuadro.

El viejo no decía una palabra para dejar intactas las primeras impresiones.

El joven, pálido y sereno, examinó detenidamente, como un viejo artista, y por último se echó al cuello de su padre, que respiraba apenas como un principiante.

— ¡Ah! ¿Te gusta? Y dime; ¿comprendes lo que he querido expresar?

Tito necesitó examinar aún más el cuadro, y dijo luego tranquilamente:

— ¡El triunfo de la idea!

Y era precisamente el título del cuadro que Matías no había escrito en la etiqueta del cuadro.

El viejo había besado a su hijo en la frente, y, después de sentarse en el borde del caballete, había dicho con dignidad:

— Sí, es la idea dominadora sobre todas las ideas de arte; es la idea sin la cual no hay más que copistas; la idea desnuda, para significar que es la verdad.

«Este desnudo no es clásico; a mí ni siquiera me parece académico, pero es bello, porque la verdad también ha de ser bella si ha de enamorar al artista. Observa bien el desnudo de esta joven; es casto. La mirada de la figura va más allá de la tierra; una rama de hiedra se le agarra a un pie; es humana. A su alrededor trabaja mucha gente, que, negando el ideal, se creen artistas; uno solo, entre tantos, se detiene a mirarla, y tiene el cabello blanco...»

— Sí, es hermoso, muy hermoso, contestaba Tito en voz baja; me gusta el colorido resplandeciente de las carnes; mucho albayalde, tintes verdosos, poco minio, poco bermellón; y sobre todo esto un ligero velo; ¿verdad? El cielo luminoso en el fondo; albayalde, azul turquí y minio; ahí, donde brilla ese grupo de estrellas, unas pocas pinceladas de cobalto. Sí, me gusta mucho.

Hasta aquel modo gramatical de elogiar *el triunfo de la idea* no había desagradado al artista glorioso, el cual se alegró de poder revelar el secreto de su paleta a su hijo, que lo había adivinado.

## II

Habían sido días agradables los que padre e hijo habían pasado juntos, delante del caballete, pintando ambos, acercándose cada uno de vez en cuando a interrogar lo que el otro había puesto en el lienzo.

Tito se contentaba con admirar en silencio; Matías, apoyado en su autoridad, daba a veces un consejo; generalmente aplaudía.

«¡Bravo!», decía, o «¡bravísimo!»

Y cuando decía: *¡bravísimo!* sentía la necesidad de abrazar al joven artista, a pesar de dificultarlo las dos paletas y los dos apoyamanos.

Porque aquel joven de veintidós años era ya un verdadero artista. Aun no sabía poner mucha filosofía en sus cuadros; confesaba ingenuamente que la vida no sabía darle más que la imagen de las cosas; pero se esforzaba en penetrar su sentido secreto, el alma, como él decía.

— Por ahora no sé hacer otra cosa, confesaba humildemente.

Pero pronto hizo cosas mejores, y cuando, al año siguiente, hubo expuesto en Brera su *Campaña lom-*

*barda*, todos los milaneses quedaron admirados y estupefactos de que a un pintor de ingenio le hubiese bastado dar cuatro pasos extramuros para encontrar un cuadro vivo y lleno de sentimiento.

Tito Bondi había derivado la poesía de un terreno pantanoso, donde seguramente al crepúsculo debían salir las ranas a decir el rosario a coro.

Matías se alegró de que su hijo empezase donde él no había llegado sino a costa de tantas fatigas, esto es a sacudir a la gente adormecida y obligarla a decir: *¡bello!* ante la imagen de un paisaje indiferente y hasta feo.

Se alegró tanto que perdonó a *Novus* esta otra sentencia que había que coger con las tenacillas:

«Vean ustedes: la verdad salva el arte; a Tito Bondi le ha bastado detenerse delante de un pantano para hacer un paisaje espléndido; su mérito está en haber expresado fielmente lo que vió.»

— Escucha, hijo mío, dijo Matías; puedes aceptar el elogio de *Novus*, si te place; hasta yo lo acepto... por lo poco que vale. Pero tú sabes mejor que yo que ocurre precisamente lo contrario; no es la verdad lo que salva el arte, el cual no necesita que nadie lo salve; es el arte eterno el que salva la verdad. Y en esto precisamente está el gran mérito del artista, en tender un velo sobre cosas indiferentes y embellecerlas. Tú has *idealizado* un pantano, y ésa es tu gloria. No sé lo que les sucede a los escritores, pero nadie me quita de la cabeza que en los paisajes que éstos representan con la pluma, esparcen siempre un poco de ideal, aun cuando no se salen de la verdad en lo más mínimo. Por eso dichos paisajes dicen algo: dicen, cuando no otra cosa, cómo los ha visto el autor; y tú sabes que de diez personas que miran, hay nueve que ven algo que cada una por cuenta propia ha puesto en el objeto mirado.

— ¿Y la décima persona?, preguntó Tito sonriendo para proporcionarle la alegría de disparar un cohete.

— La décima persona es el copista, es el portero que haciendo el inventario se cree más exacto que nadie, porque es escrupuloso en no decir nada; porque no es ideal, sino simplemente falso. Piensa bien lo que te digo: la verdad, sin ideal, es menos que nada.

Tito había pensado un poco en estas y otras cosas que su padre le había ido diciendo; había pensado en silencio, y Matías pudo imaginarse que le había convencido, al ver poco tiempo después un cuadro empezado, en que surgía de un cielo de niebla una cabecita de muchacha todo promesas.

El viejo había dicho tratando de adivinar:

— Has querido expresar a tu modo mi *idea*; tú me escondes el cuerpo de la muchacha divina para fijar más la atención en la cabeza. Quizá tienes razón. Por lo pronto, tu testa es maravillosa; te lo digo yo, pero promete demasiado, y no sé si cumplirá sus promesas; temo que el *arte*, aun cuando hayamos conseguido retenerlo y obligarlo a que nos mire, sea más severo y más desdeñoso. A mí al menos me ha costado muchas fatigas.

A estas palabras, el joven se había puesto colorado, y no se había atrevido a confesar a su padre que aquella cabecita todo promesas no era el arte, no era el ideal, no era siquiera una idea como otra, sino solamente una muchacha que le parecía más viva que todas las muchachas que había visto hasta entonces, y que le hacía sufrir las penas del purgatorio, prometiéndole el paraíso.

Matías había comprendido muy bien que la pintura sana para nada había entrado en el rubor de su hijo, y cuando quiso saber de qué mal sufría su arte, encontró la bellísima forma de una muchacha de dieciocho años.

Se llamaba Cesira; apenas desembarcada en tierra de artistas, había atormentado ya a muchos sirviendo de modelo a dos liras por hora.

Decían que sólo servía de modelo para la cabeza; que para enseñar desnudo un brazo, un hombro y poco más, se había hecho rogar mucho; y que para mirar aquellos pocos encantos, el pintor había firmado un verdadero contrato.

En primer lugar, había tenido que ser muy maduro, y prometer que, durante la sesión, no entraría alma viviente en el estudio. En fin, el artista había jurado con la mano puesta sobre su calvicie, no decir nada a los otros menos calvos que él; pero no creyendo él en su propia calvicie, toda la *Familia artística* fué informada de la cosa.

Se había sabido más tarde que la púdica Cesira había tenido un novio, y no ya platónico, y la familia artística se había formado el criterio de que la muchacha quería llegar por la vía del arte al matrimonio.

Pero Tito Bondi aseguraba que la idea de Cesira era otra; que si hubiese querido encontrar marido,

inmediatamente se hubieran presentado diez. Hasta hubiera podido añadir que el autor de la *Campesina lombarda*, joven de veintidós años, acomodado, casi independiente (porque el viejo Matías no hubiera visto ningún mal en que su hijo se trajese a casa una forma tan ideal), había dejado escapar de su boca una palabrita matrimonial, y que Cesira, la semicasta, había contestado que no.

Después de haber trastornado la cabeza a muchos, Cesira abandonó un día a la familia artística para consagrarse al drama y a la tragedia.

Muchas veces había hecho alusión a su designio, diciendo a los artistas enamorados de ella y de lo verdadero, que ella obedecía también a la verdad, y que por esto hacía de modelo; pero que un día u otro una verdad diversa y más poderosa la llamaría en voz alta, y entonces plantaría a la pintura.

Se refería a una voz de palco escénico.

Y en efecto, un primer actor famoso aceptó a la bella modelo, prometiendo hacerla en poco tiempo la dama joven de la compañía, y aun algo más si seguía sus consejos.

Cesira había repetido con entusiasmo estas palabras que le abrían las puertas de la gloria, y Tito Bondi las había escuchado en silencio. Después, con voz temblorosa, el joven balbució:

— Cesira, piénselo usted bien; yo la quiero a usted mucho y podríamos ser muy felices. Tengo un arte, y sería el arte de usted, más de usted que mío, porque usted me daría la inspiración.

Pero Cesira había meneado la cabeza, aquella cabeza tan hermosa.

— Lo comprendo todo y le doy a usted muchas gracias; pero nadie lleva consigo su propia suerte.

Tito la había visto partir serena para ir a Roma; y vuelto a su casa dió mucho que pensar a su anciano padre, no probando casi bocado ni tocando un pincel en muchos días.

Luego el arte, el eterno amor, había reaparecido en el cerebro del joven, y la familia artística había podido creer que aquel otro amor era pasajero como todos los enamoramientos de los pintores.

Su padre era el único que no se había dejado engañar; en el humor taciturno de su hijo, en los cuadros que empezaba y no concluía, había visto que Tito pensaba aún en aquella mujer fatal; pero se equivocaba, como la familia artística, atribuyendo la persistencia de la enfermedad amorosa a un deseo no satisfecho.

Tito hubiera podido decir que Cesira, compadecida de un amor ingenuo y fuerte como nunca hubiera encontrado otro semejante en el palco escénico, se había entregado a él enteramente; que le sonaban a cada instante en el cerebro las palabras dramáticas de la rendición; que aun veía el acto indiferente pero trágico con que ella se había resignado al sacrificio; y que a cada instante sentía el trastorno infernal de aquella hora paradisiaca.

«Quiero contentarle; quiero que no vuelva a pensar en mí, quiero que pueda olvidarme.»

Tales eran las palabras que Tito se había repetido a sí mismo mil veces para oír todavía el sonido de ellas, no faltaba ninguna. Después de lo cual Cesira había cerrado los ojos... ¡Ah!, también los cerraba el joven cuando no quería creerse abandonado del todo.

Pero habían transcurrido muchos meses y Cesira no había dado ninguna noticia de sí.

Un día recibió al fin de Buenos Aires una carta de la actriz; anunciaba que era ya dama joven de la compañía, que la aplaudían todas las noches, que finalmente había triunfado y era feliz. Las palabras *triunfado* y *feliz* estaban subrayadas. Y terminaba diciendo:

«Nada me falta, nada, porque soy madre de una hermosa niña, y es usted quien me la ha dado. No se lo quería decir a usted, porque le conozco y temía que esta noticia pudiese turbar su paz, cuando a mí me da tanta. Lo he pensado mejor y le digo que me ha hecho gloriosa, dándome la única felicidad que me faltaba. No tenga inquietud alguna y sea también feliz; yo querré mucho a mi criatura, y ya le he enseñado el nombre de usted.»

El pobre joven leyó dos veces la carta como un desmemoriado; no sabía bien lo que buscaba en la fausta noticia que revolvía su viejo dolor; pero finalmente, en un ángulo de aquella carta de cuatro páginas compactas, encontró estas palabras que la dama joven había olvidado en su efusión de escribir y añadido después, probablemente al recitar en voz alta lo que había escrito:

«Mi hija se llama Blanca...»

El primer pensamiento de Tito Bondi había sido el de echarse a correr, tal como se encontraba en su estudio, sin sombrero, en mangas de camisa, directamente a Buenos Aires para besuquear a su criatura,

y hasta para estrechar contra su pecho a aquella madre tan hermosa, y rogarla, conjurarla, obligarla, si fuese necesario, a aceptar el nombre, la casa, el porvenir, todo el gran amor que ya le había ofrecido otra vez.

Pero como aquel viaje requería cerca de un mes, y los vapores correos no parten todos los días para la Argentina, tuvo tiempo para reflexionar, y formuló un telegrama conciso pero claro, que le pareció había de resultar eficazísimo.

«Tito feliz renueva proposición, conjura volváis en seguida; os espera primer vapor. Escribe.»

Releyendo el telegrama, vió que necesitaba borrar las palabras *renueva proposición*, porque podían dar idea de alguna duda; volviéndolo a leer, tachó también la palabra *escribe*. Pero cuando hubo hecho estas supresiones y enviado el despacho, no estando aún bien seguro de que Cesira cediese, escribió:

Y demostró con muchas palabras este único axioma:

«La felicidad que usted no me concedió y que no volveré a pedirle, ha venido a ser una necesidad, un deber para todos. No le es a usted lícito, rechazar al hombre que quiere ser el padre de su criatura.»

Después de enviar esta carta que decidía de su porvenir, tuvo necesidad de recogerse para hacer en la soledad muchas reflexiones inútiles. El resultado fué que, escribiendo de aquel modo, escribiendo sin reflexionar, escribiendo de prisa, había hecho muy bien por muchas razones.

Señalémoslas de buena fe: *porque* el deber es antes que todo; *porque* no hay mayor deber que el que une un padre a su hija; *porque* el instinto mismo del amor está hecho de piedad; *porque* la sangre...

El porqué de la sangre no entró bien sin embargo en el cerebro de Tito, el cual queriendo imaginarse cómo era la niña a la que había dado la vida, no encontró más que las formas de la madre, tan hermosa.

Todo aquel día había tenido calentura; se había dicho cien veces:

«A estas horas, Cesira ha recibido mi cablegrama, piensa en sus negocios, habla con el director de la compañía, se decide, telegrafía para avisar su salida...»

Cuando su pensamiento enfilaba esta vía, Tito era feliz, y si no se echaba en brazos de su padre y no le confiaba su grande esperanza, era porque su pensamiento se metía al instante en un callejón sin salida, donde el deseo encontraba primero una muralla alta y fuerte, la indiferencia de la mujer, y después otra más alta y más fuerte, la vanidad de la actriz.

Sin embargo, después de haber esperado un telegrama sin mucha esperanza durante dos días enteros, había caído en la cuenta de que en su cablegrama faltaba algo esencialísimo, y lo corrigió con este otro:

«Si le falta dinero para el viaje, telegrafía.»

Cesira no telegrafió, no vino en el primer vapor ni en el segundo, ni escribió siquiera.

Todas las noches, Tito soñaba con Cesira; la soñaba hermosa y dócil como había estado una vez; la soñaba enamorada.

Al despertar, encontraba su inquieto deseo de hacerla suya para siempre.

En estas visiones del sueño y de la vigilia, él quería que entrase también la niña sonrosada, de lo contrario no hubiera sido digno del nombre de padre; pero entraba fugitivamente, casi pidiendo excusa al hombre bondadoso que le hacía la limosna de llamarla hija.

Tito sabía que todos los miércoles parte un vapor correo para la Argentina; y no queriendo darse por vencido, había escrito cada lunes una carta de cuatro páginas bien nutridas, subiendo cada vez de tono, aumentando de buena fe el tormento que decía padecer porque ni siquiera podía imaginar la gentil carita de su Blanca.

Después de muchos meses de silencio, había anunciado desesperadamente que si Cesira no contestaba aquella última vez, no volvería a escribir, sino que iría en persona.

Así amenazada, Cesira contestó con una carta que le hizo caer los brazos.

«No podré ser de usted, porque soy de otro, porque he sido de muchos. Créalo usted. No he amado nunca a nadie, soy incapaz de amar; sólo quiero a mi hijita. Es usted joven, es artista; enamórese de una buena señorita, como hay muchas, y será feliz.»

Tito Bondi se había propuesto no decir nada a su padre hasta que todo quedase definido; decía para sí:

«No asustaré su cabeza soñadora hasta que haya llegado el momento.»

Pero al ver destruída toda su esperanza, se sintió presa de una gran piedad de sí mismo, que lo indujo a buscar una palabra de aquel seguro amor.

Matías bajó la cabeza cana, y encontró por instinto la vía del corazón de aquel enfermo.

Dijo melancólicamente:

— Conozco tu enfermedad, y sé qué penas hace sufrir.

No dijo más, pero con estas palabras se aseguraba la confidencia; y efectivamente el joven, sabiendo que hallaría igual dolor en el alma de su padre, dolor apagado pero inteligente todavía, se había apresurado a confiarse enteramente a él.

Después de haber leído juntos aquella carta que no dejaba sobrevivir nada, Tito dijo con amargura:

— Es una comedia.

Y Matías contestó:

— Sí, es una comedia, pero es sincera.

Y explicó su concepto:

— Todas las actrices ladinas hacen lo mismo; ponen siempre parte de la verdad en los engaños. Los más valientes en hacer la comedia son aquellos que a veces pueden engañarse a sí mismos. ¡En mis tiempos vi llorar a tantas actrices! Las verás tú también. Lo que Cesira escribe es la verdad, y puedes darte por dichoso si en la comedia que en este momento hace en Buenos Aires, sabe Dios con quién, a ti te han tocado las palabras sinceras. Haz lo que yo; no pienses más en ella, si puedes; pero cuando pienses en eso, quiero que hables de ello a tu viejo amigo. Curarás más pronto, y si tenemos la suerte de que te enamores de una buena muchacha...

Tito había protestado en silencio, contentándose con denegar con un movimiento de cabeza; finalmente había interrumpido para asegurar de buena fe:

— Créelo, papá, Cesira u otra cualquiera me sería indiferente; pero la idea de que esa desgraciada es madre, y de que mi amor es responsable de haber dado la vida a una infeliz...

Matías fué brutal, y no le dejó terminar la frase:

— ¿Y tú qué sabes si esa niña nació de tu culpa?

— Su propia sinceridad..., balbució Tito descorazonado; su abnegación..., su desinterés...

Entonces Matías fué indulgente, estrechó en sus manos las de su hijo y le habló sencillamente, en tono modesto, con aire de ni tratar siquiera de vencerlo.

— Pensémoslo juntos; a ver lo que vale la sinceridad de una actriz; a ver si es un engaño, el más audaz de los engaños. A ver si en lo que llamamos abnegación no entra la vanidad, porque por poco que entrase, no creeríamos ya en la abnegación.

— Ahora eres injusto, papá; ella no pide nada...

— Porque no tiene necesidad; porque seguramente obtiene sin pedir. ¿Quién te asegura que no pedirá más tarde, cuando, teniendo necesidad, no estará segura de obtener? Pero entonces estarás curado y hasta podrás hacer limosna, si quieres...

— Te aseguro que estoy curado...

— Si bajas al fondo de tu conciencia, dijo Matías, verás que el escrúpulo paterno no entra para nada en tu estado.

No dijo, porque hubiera sido inútil, que en el alma inquieta de Tito aun vivía el deseo de aquella hermosísima madre.

Vivía tanto, que aquel mismo día el joven había enviado otra carta diciendo (¿qué no dijo en aquella carta de ocho páginas?) diciendo que, si quería volver, ahora y siempre, ella y su hija serían recibidas con los brazos abiertos.

Había escrito sin poner a nadie en la confidencia, pero se arrepintió y no quiso guardar secretos para su padre, quien únicamente dijo esta palabra:

— Esperemos.

En efecto esperaron juntos ocho semanas todavía, imaginando que Cesira pensaría mejor en sus asuntos. Luego Matías ya no esperó más, y Tito aun estuvo esperando muchos meses.

Matías el glorioso había llegado al cuarto de hora de la desgracia. La Providencia, abandonándolo, lo puso en brazos de su hijo, que a la vez tenía gran necesidad de desprenderse de su quimera amorosa para arrostrar un deber.

Para decirlo todo en pocas palabras, Matías enfermó de parálisis, complicada con amaurosis.

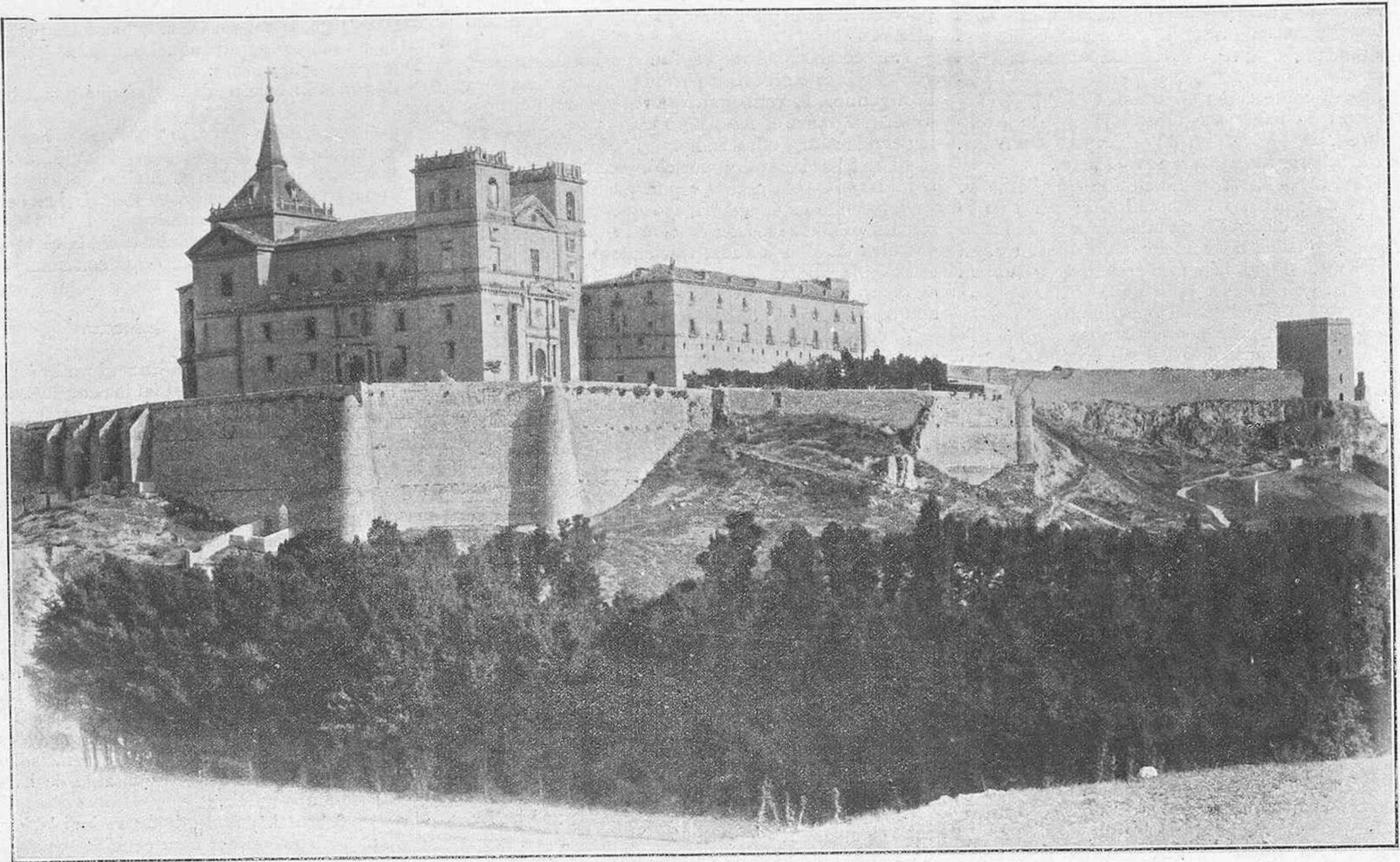
Con el tiempo, la parálisis fué vencida; pero la amaurosis subsistió.

Matías estaba condenado a no ver ya nunca más sus obras maestras, y a no leer nunca más los apéndices de los periódicos.

Éstos, unánimes, estamparon que el ilustre, el venerable Matías, el pintor que había dado al arte tantos lienzos celebrados, no pintaría ya nada jamás.

(Se continuará.)

## POR ESPAÑA HISTÓRICA Y ARTÍSTICA. - UCLÉS Y SU MONASTERIO, POR FERNANDO G. RUIZ



Vista general del monasterio

En un rincón de la vieja Castilla, desde donde empiezan a divisarse las llanuras manchegas que fueron escenario de las maravillosas andanzas de nuestro caballero el Sr. D. Quijote, yérguese, altiva aún, conservando en el ambiente el recuerdo de sus pasadas grandezas, la villa de Uclés. Como un águila milenaria, asiéntase sobre la cúspide de escarpada colina donde se conservan todavía las ruinas del famoso castillo, fortaleza casi inexpugnable, donde residió la poderosa Orden de Caballería de Santiago, que tenía autoridad casi episcopal, ejercida por un obispo prior y un provisor.

Alrededor de Uclés, cuya antigüedad se desconoce, pero que según algunos autores se remonta a los tiempos prehistóricos, a juzgar por los restos que de esa época se han encontrado en su suelo mezclados con otros de origen fenicio y griego, aun se conservan varios lienzos de la fuerte muralla romana que la rodeaba y que debió ser destruida por los godos cuando éstos dieron fin al poderío de Roma en España y fundaron Segóbriga, a dos horas de Uclés, donde el turista puede contemplar las ruinas de la célebre capilla visigótica.

Este sello de antigüedad y de grandeza que circunda como una aureola atrayente a la villa de Uclés, mitad castellana y mitad manchega, nos impelió a visitarla. Era una apacible mañana de primavera y de sol. El rocío había cubierto de brillantes el verdor con que se engalanaba la diminuta vega del río Bedija. A un lado, Tribaldos parecía aletargado en esa calmosa dulcedumbre de las aldeas solitarias; al otro, Villarrubio semejaba un vigía avanzado que guardase, ojo avizor, la ancha carretera de Madrid a Valencia, única vía de comunicación que hoy existe. Por un arenoso camino de herradura llegamos al pie de los muros, cubiertos de musgo verdinegro, que rodearon la mansión y cabeza maestra de los Caballeros de Santiago, donde también y durante diez años tuvieron su residencia los Caballeros Hospitalarios de la Orden de Jerusalén.

Tuvimos un instante de recogimiento, de éxtasis. Por nuestra imaginación pasó, majestuosa y altiva, la visión de las pasadas grandezas y heroísmos de la recia y noble raza castellana; y el re-

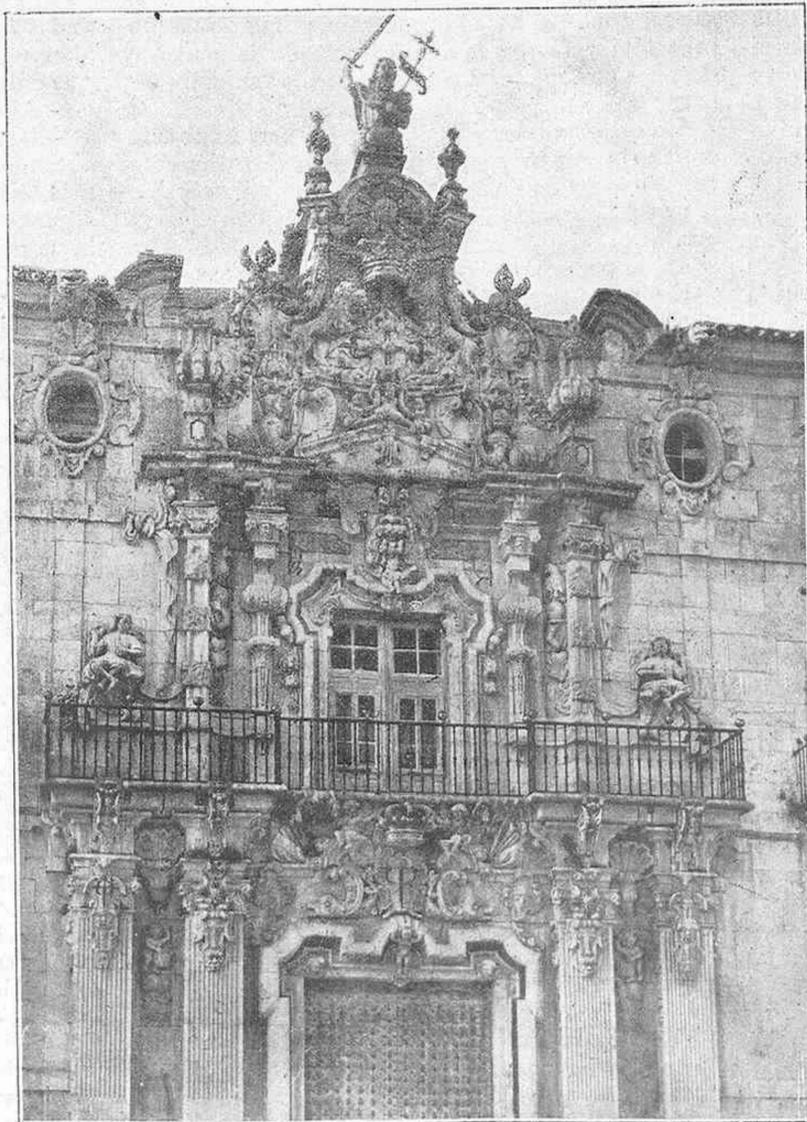
cuerto de aquella España audaz y guerrera, caballerosa y magnánima, cristiana y conquistadora, que fué asombro del mundo y que escribió en las páginas inmortales de su historia las más grandes y hermosas epopeyas. En los mismos

campos que hollaba nuestra planta pecadora murió un príncipe de Castilla, el heroico Sancho, hijo de Alfonso IV. Fué en la famosa rota de Uclés, conocida en las crónicas por la batalla de los siete condes, porque en ella hallaron gloriosa muerte, peleando contra las huestes africanas del príncipe Abu-Taher-Temin, siete nobles castellanos.

«También aquí, nos dijo un campesino mientras penetrábamos en la población, se libró en tiempos de la guerra de la Independencia otra desastrosa batalla, el 13 de enero de 1809. Fué entonces cuando los franceses robaron y saquearon el monasterio, incendiando casi toda la biblioteca.»

El monasterio de Uclés estaba ya frente a nosotros. Coloso de piedra, frío y silencioso, como el de San Lorenzo del Escorial, encierra maravillosas joyas artísticas y despierta en el alma de la raza gloriosos recuerdos. Fué levantado sobre las ruinas del antiguo castillo y se puso la primera piedra en 7 de mayo de 1529, siendo prior D. Pedro García de Almaguer, según reza la inscripción colocada en los contrafuertes del ábside, sobre la primera cornisa, que dice así:

REINANDO EN-ESPANNA-DON-CAR-  
LOS-V-EMPERADOR-ADMI-DESTA  
ORDEN-D-P-G-DE-AL-MAGVER-  
P-DESTE-CONVENTO-CO  
SOLENIDAD-PONTIFICAL-A  
SENTO-LA-PRIMERA-PIEDRA-DESTE  
EDIFICIO-TODO-A-VII-DE-MAYO-AÑO-DE-M-  
DXXIX



Portada del monasterio

La fachada y parte oriental del edificio es uno de los mejores modelos que conservamos del llamado estilo plateresco español, sólo comparable con la Universidad de Alcalá, el Monasterio de San Marcos de León o la catedral de Granada.

Dirigió las obras de las fachadas Norte y Oeste el ignorado arquitecto conquense Francisco de Mora, y a Antonio Segura se debe la grandiosa cúpula

que cubre el crucero de la iglesia, que es de una sola nave.

El altar mayor tiene un retablo greco romano con tendencia a barroco, del cual damos, acompañando a este artículo, una fotografía tomada desde la nave central.

Fué ejecutado en 1660 por Francisco García, natural de Quintanar, y costó 9.500 ducados.

Una estupenda maravilla de arte es la portada principal que da acceso al claustro.

He aquí cómo la describe Quintero Atauri en su obra *Uclés*:

«La portada que desde el exterior da acceso al claustro y patio del monasterio, colocada en la parte Sur del edificio, está construida en el año 1735, es de estilo churrigueresco, como puede verse en la fotografía.

»Consta de cuatro pilastras sin sujeción a orden alguno arquitectónico, y como elementos decorativos delínes, cruces, leones, cabezas, guerreros, trofeos, petonchos, etc., dominando dos cruces de Santiago, la maestral y la ordinaria, colocadas bajo corona real, y como remate dos bustos de moros sujetos con cadenas y media figura humana con la cruz maestral en la mano izquierda y una espada en la derecha, en cuya hoja se lee: *fidei defensio*, mientras que en la base o peana tiene, en letras capitales, la inscripción *Capus ordinis*.

»En la portada no parece sino que el artista que la ideó quiso simbolizar la historia del edificio.

»Así vemos cruces sueltas representando la primitiva independencia de la Orden; con corona real, expresando el dominio que más tarde los reyes ejercieron sobre ella; caballeros con trofeos haciendo ver que los que allí se albergaron fueron guardadores de la frontera



Patio y torre del Gallo

cristiana; moros encadenados, indicando el dominio sobre ellos y la esclavitud a que los redujeron, y, por último, las leyendas *Capus ordinis* y *Fidei defensio*, mostrándonos el fin principal de la Orden de Santiago y el que en este monasterio residió el Jefe supremo.»

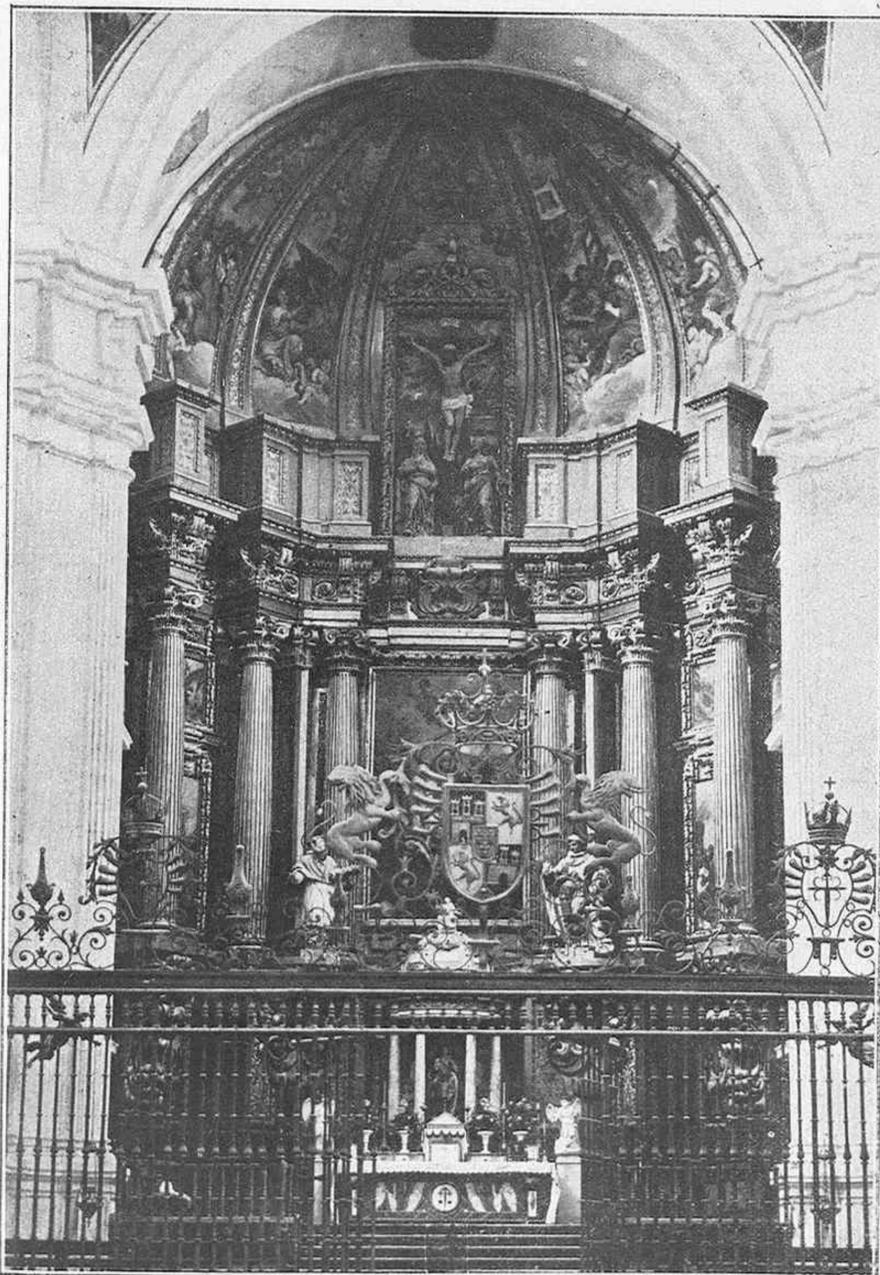
También son notabilísimos el pozo aljibe del patio central, la cúpula del Gallo y el refectorio, pieza de grandes proporciones, con magnífico artesanado de la época de Carlos V, tallado en madera oscura.

En uno de los artesones se dibuja el busto de un esqueleto, que dicen es el de D. Alvaro de Luna, por una inscripción que ostenta que parece ser un consejo que el ajusticiado maestre dirige a todos aquellos que, como él, llegaran a creerse invencibles, recordando que la muerte a nadie perdona.

La tradición y la leyenda así lo creen, como aseguran que en uno de los sótanos de este monasterio estuvo preso el insigne satírico, gloria de las letras patrias, que se llamó Quevedo. Creemos que esto último es una afirmación errónea.

Y henos aquí, lector, peregrinando, con lento caminar, por las calles de esta vieja villa, como en un ensueño de cosas pasadas. Sobre los guijarros del pavimento desnivelado creemos sentir el ruido de los espadones que arrastraban con altivez los nobles caballeros. Y en el silencio aldeano, que encanta y adormece, la brisa, olorosa a trigales y olivos, parece entonar ledamente un himno mágico y sonoro a la memoria de aquellos caballeros castellanos, galantes y guerreros, hermanos de los que, atravesando los mares con rumbo a Occidente, escribieron con su sangre la magna epopeya del nuevo mundo.

(Fotografías de Narváez.)

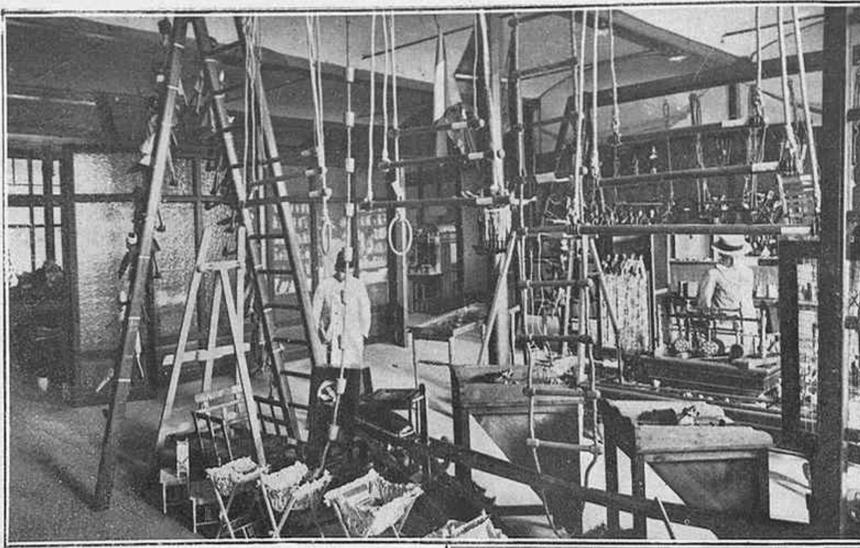


El altar mayor con su interesante retablo

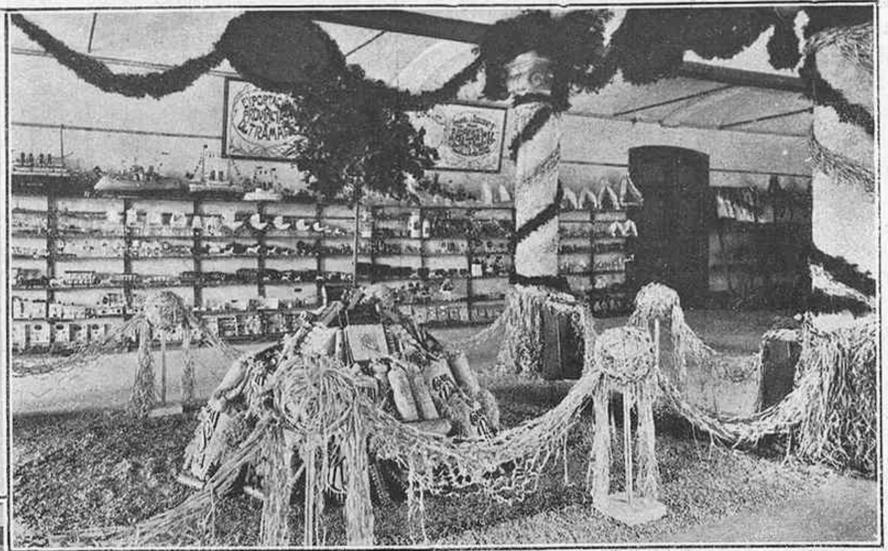


El pozo aljibe que se conserva en el patio central

BARCELONA. — SEGUNDA EXPOSICIÓN-FERIA ORGANIZADA POR LA AGRUPACIÓN DE FABRICANTES DE JUEGOS Y JUGUETES DE ESPAÑA



Vista de algunas instalaciones



Vista de algunas instalaciones

La Agrupación de Fabricantes de juegos y juguetes de España, domiciliada en esta capital y creada a consecuencia de la exposición que en 1914 se celebró en los salones del Fomento del Trabajo Nacional, organizó el año pasado en el Palacio de Bellas Artes la primera Exposición-Feria de muestras de su producción, logrando los más favorables resultados así para expositores como para compradores.

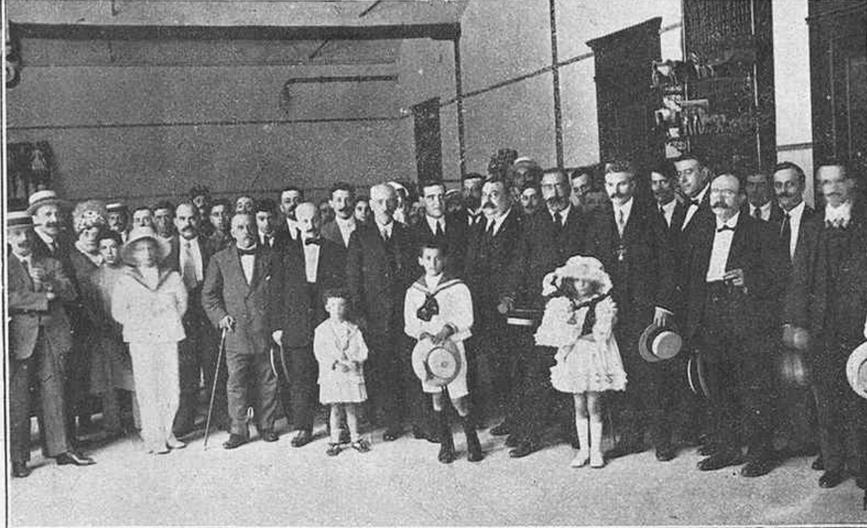
Animada por aquel éxito, al que, pena da consignarlo, para nada contribuyeron los centros oficiales, y comprendiendo que si Inglaterra, Alemania, Francia e Italia, en plena guerra, organizan certámenes del trabajo y celebran ferias de muestras, con mayor razón debieran realizarse en España, donde se goza afortunadamente del beneficio de la paz, actos análogos, no sólo atendiendo a las circunstancias presentes, sino además y muy principalmente, con mira a las venideras, una vez terminada la actual conflagración europea, ha organizado su segunda Exposición-Feria que, instalada en la Universidad Industrial, se inauguró el día 27 del mes próximo pasado. Al acto inaugural, que se efectuó en una de las aulas de la citada Universidad, asistieron la Junta directiva de la agrupación, el Dr. Carbó, en representación del Ilmo. Sr. obispo; los concejales Sres. Rita y Cirera; representantes del Centro Autonomista de Dependientes del Comercio y de la Industria, del Ateneo Obrero, de la Asociación de Viajantes del Comercio y de la Industria, del Círculo de la Unión Mercantil, de la Unión Industrial y de otras varias entidades, y numerosos expositores con sus familias.

El Presidente de la Agrupación pronunció un bellissimo discurso, del cual reproducimos los siguientes párrafos:

«La precipitación forzosa con que nos hemos visto obligados a organizar la segunda Exposición-Feria que vamos a inaugurar, ha sido causa del retraimiento de no pocos fabricantes, y que en el acto oficial de la inauguración no todos los concurrentes tengan terminadas sus instalaciones; pero el Comité, entendiendo que la época es muy adelantada, en manera alguna podía aplazar nuevamente la fecha de apertura.

«Es deplorable que otras industrias no imiten nuestro ejemplo, pues sería un estímulo para los industriales y daría lugar al mejor conocimiento del estado de la industria española, que en gran parte permanece ignorada para muchos a quienes podría interesar.

«El Fomento del Trabajo Nacional tuvo en 1914 la feliz idea de organizar en sus salones exposiciones parciales de varias industrias y cuponos la dicha a los de juguetes ser la primera que se celebró. Permittanos que, en este acto, dediquemos un recuerdo de gratitud a dicha Corporación, pues aquella exposición dió motivo a unirse en Agrupación los fabricantes, y



El Presidente y los organizadores de la exposición, los representantes de corporaciones y entidades y personas invitadas que asistieron al acto de la inauguración. (Fotografías Merletti.)

consecuencia de la misma la celebración de la primera Exposición-Feria en 1915 en el Palacio de Bellas Artes, y de la actual cuyo acto de inauguración celebramos.

«La Cámara de Comercio de Léipzig ha pocos días invitó a visitar la célebre feria que anualmente se celebra en aquella ciudad y que precisamente hoy celebra su apertura.

«Inglaterra celebró el año próximo pasado una feria de muestras en Londres. A principios del año actual Francia celebró otra igual en Lyon, y en la actualidad organiza otra que debe inaugurarse el día 5 de septiembre próximo en Burdeos.

«Italia igualmente se prepara para un certamen de la misma naturaleza.

«Al considerar estos hechos concretos, cabe preguntar: ¿son las naciones antes citadas las que disfrutaban de la venturosa paz, y nuestra querida España la que sufre los horrores de la guerra?

«Para terminar permítasenos haceros partícipes de la satisfacción que nos embarga al poder anunciar oficialmente la feliz iniciativa que ha partido de la laboriosa Cámara

Oficial de la Industria de Barcelona, creando un premio de 500 pesetas para el inventor del juguete más original, más artístico y más económico que se presente al concurso que se celebrará durante el transcurso de la Exposición-Feria que inauguramos y cuyas bases de concurso publicaremos inmediatamente.»

Después de manifestar su agradecimiento a las autoridades, prensa, corporaciones y demás asistentes al acto, el Sr. Paluzie declaró abierta la Exposición.

En ésta figuran no sólo juguetes sino también productos de industrias similares, ofreciendo sus instalaciones un hermoso aspecto y llamando la atención por el número, la variedad, la belleza y la perfección de los objetos expuestos que pueden dignamente competir con los mejores de producción extranjera.

Los expositores son: Ernesto Soler, Armenteras hermanos y Arruga, Vidal e hijos, Jorge Rais, Blasi, Poch, Facundo Juliá, José e Isidro Paluzie, Manén, *Emporium*, Camilo Aguila, Manuel Ferrer, José Campmany, Maximino Fernández, Federico Barceló, Enrique Trilla, Balomero Casanellas, Hijos de Isidro Baqué, Agustín Pujol, Enrique Rais, Damián Corella, Antonio Alvarez, Enrique Marats, Antonio Penas, Pedro Navarro, Juan Rais, José Jordá, Cristóbal Juandó, Miguel Burgalete, Boqué y Subirats, Roca Farriols, Eduardo Rius, Seix y Barral, Fiol hermanos, Salvador Blasi y Antonio Bonis.

Todos merecen entusiastas felicitaciones, como las merece también la Agrupación de juegos y juguetes de España, organizadora de este certamen, digno de todo apoyo y que debiera ser imitado por cuantos se interesan por el porvenir industrial de nuestra patria.

## LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord BULWER-LYTON

Un tomo, lujosamente encuadernado. 514 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

# ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos sacretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Paris  
Date de 1849

**PUREZA DEL CUTIS**

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS. LENTEJAS. TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS. TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y terso

CASA CANDÈS — 84 St-Denis, 46

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APÍOL DE LOS REYES

JORET-HOMOLLE

CURA  
LOS DOLORES, REÍARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

## ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNÉ

Curadas por el único inalterable. — Exigir: Verdujaro. 14, R. Deaux-Arts Paris.

**HIPOFOSFITOS SALUD**

COMBATE  
**ANEMIA**  
**ESCROFULISMO**  
**NEURASTENIA**  
**INAPETENCIA**

## FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á D. Teodoro Llorente, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de Gustavo Doré. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.